

EL MANANTIAL DE LA VIDA

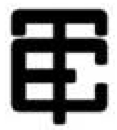
CLARK CARRADOS

Colección **ESPACIO**

EL MANANTIAL DE LA VIDA

por

CLARK CARRADOS



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Núm. de Registro: 1.547 - 1962

Depósito Legal: B. 12.983 - 1962

IMPRESO EN ESPAÑA

Printed in Spain

Impreso por Ed. TORAY, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La luz de las estrellas era fría y distante. En la lejanía, el viento aullaba de vez en cuando con trémolos melancólicos, levantando menudos remolinos de polvo que luego se dispersaban lentamente, como de mala gana, volviendo a caer a la tierra de donde habían salido.

La montaña se destacaba nítidamente, en un cono perfecto, con una sombra totalmente negra, contra el tono azulado y oscuro del cielo. Su altura era enorme y el diámetro de su base alcanzaba hasta tres veces la longitud de la altura. Aquí y allá, se veían pequeños montículos y anchos barrancos, todos ellos con numerosos orificios que eran las puertas de entrada a otras tantas cuevas donde vivía el Pueblo Muriente.

Un poco más allá, brillaba el casco de una nave espacial de gran tamaño, caída de costado, muda, silenciosa, con los orificios de sus portillas apagados y la esclusa abierta de par en par. Sus mecanismos propulsores habían dejado de latir y, aparentemente, la vida de su maquinaria se había extinguido ya hacía muchos años.

Había un bosque, pero estaba muerto. Los troncos de los árboles eran, casi todos, rectos y se alzaban en mudo y patético gesto hacia el cielo, engarfiando los crispados dedos de sus ramas desnudas de hojas. El suelo era una mezcla de piedra y arena, aunque en algunos lugares se veían también grandes extensiones de roca lisa y pulida

por el azote del viento y la arena durante siglos.

En uno de los barrancos, orientado precisamente en dirección a la montaña, se encontraba un hombre rodeado de varias personas. El hombre era muy viejo y el cabello y la barba, completamente blancos, le flotaban en torno al cráneo. Vestía una simple túnica de basto tejido, ceñida a la cintura por una cuerda del mismo material, y en la mano derecha empuñaba una rama larga y recta, que le servía de báculo al caminar.

Las personas que le rodeaban eran todas jóvenes, de edades comprendidas entre los catorce y dieciocho años. Pertenecían a ambos sexos y escuchaban con religiosa atención las palabras del anciano.

—Durante incontables centurias, nuestro planeta había sido el centro y el emporio de una civilización floreciente. De lejanos sistemas estelares venían las gentes a nuestro mundo, con el fin de comerciar y hacer intercambios de todo género, tanto físico como intelectual. Éramos los reyes de la Galaxia, sí, ese cúmulo de estrellas que nos rodea en todas direcciones. Nuestra ciencia, nuestro saber, incluso nuestras mercancías, se habían extendido hasta los más remotos confines del Universo.

»Vivíamos pacíficamente, en unión y armonía, sin desear el uno lo que el otro tenía. Lo poseíamos todo y nada nos faltaba. Pero un día aciago, nuestra suerte cambió.

»De la noche a la mañana, nuestro planeta fue arrasado. Habíamos confiado tanto en el poder de nuestra civilización, que descuidamos algo primordial: la defensa de esa misma civilización. Creíamos que bastaría ser pacíficos para no temer nada de otros pueblos galácticos.

»La guerra duró poco, horas, acaso días. Cuando acabó, nuestro mundo ya no existía. Las ciudades quedaron arrasadas, destruidas, aunque muchas de ellas fueron abandonadas intactas por sus moradores, los cuales huyeron al campo con la pretensión de salvar la vida en terreno descubierto. Vano empeño; las armas de nuestros invasores eran tan poderosas, que barrían la vida allí donde encontraban el menor signo de ella.

»Finalmente, todo vestigio de vida, de cualquier clase, animal o vegetal, desapareció de la superficie de nuestro mundo. Nadie quedó vivo; todos cuantos habitaban el más floreciente y civilizado

planeta que conoció jamás la historia de la Galaxia, murieron.

El anciano hizo una pausa. Levantó el noble rostro hacia las estrellas.

Su auditorio le escuchaba silenciosamente. Conocían sobradamente la historia del Pueblo Muriente, su propia historia, pero les agradaba escucharla de vez en cuando de labios del viejo Xiklos, un hombre del cual se decía contaba ya un siglo largo de existencia.

—¿Todos murieron? —continuó Xiklos—. No. Milagrosamente se salvaron quince o veinte personas. Eran los cuidadores de uno de los Manantiales de Vida y en el momento del ataque se hallaban todos en el interior de la maquinaria, a mucha profundidad bajo tierra. Tuvieron la suerte de que las compuertas que cerraban el acceso a los subterráneos donde se hallaba la maquinaria que movía la fuente, resultasen lo suficientemente fuertes para resistir. Esas quince o veinte personas sobrevivieron y constituyeron el núcleo de nuestro pueblo.

»Había en nuestro planeta más, muchísimas más Fuentes de Vida. Todas quedaron destruidas, excepto ésa, precisamente la que se ve desde este barranco.

»Fueron precisos largos años para que el número de habitantes del Pueblo Muriente aumentase. Pero, al mismo tiempo, de modo inexorable, por imperativo de la edad, los más ancianos iban desapareciendo. Ellos poseían un gran número de conocimientos científicos, que procuraron transmitir a sus descendientes y éstos a los suyos. Poco a poco, sin embargo, el número de conocimientos fue disminuyendo, a medida que aumentaba el de habitantes del Pueblo Muriente. Y así, llegamos a la situación actual, en que hemos caído en algo muy parecido a la barbarie y apenas hacemos nada que no sea lo necesario para sobrevivir.

Xiklos calló unos momentos.

—Parte de los ciudadanos del Pueblo Muriente se separó, constituyendo lo que ellos llamaron el Pueblo Renacido. Formaron una tribu y se alejaron de nosotros, estableciéndose en un lugar situado a muchos días de marcha de aquí. Querían ser independientes y obedecer sus propias leyes. Parece ser que el fundador del Pueblo Renacido había encontrado otro Manantial de la Vida y tras enormes esfuerzos consiguió hacerlo funcionar.

»De vez en cuando, los del Pueblo Renacido organizan una expedición guerrera. La última tuvo lugar cuando yo era joven. Vienen aquí en busca de conocimientos, máquinas rescatadas de las ruinas… y mujeres.

Hubo un murmullo de asombro entre los oyentes.

—Sí, hijos míos —dijo Xiklos—, mujeres. Se llaman a sí mismos Pueblo Renacido, pero, en realidad, son otro Pueblo Muriente. Día a día, sus posibilidades de supervivencia se van reduciendo. Además, sus características fisonómicas han ido cambiando con el transcurso de los siglos y ya no son ni sombra de los herederos de aquellos seres que crearon la civilización más floreciente de la Galaxia. Se ignora la causa exactamente; nuestros conocimientos, hoy día, son tan limitados, que no podemos conocer los motivos de semejante transformación física e intelectual. Pero son crueles, traidores y homicidas. Tienen armas y las emplean sin el menor escrúpulo. Son bestias de dos patas, salvajes que no piensan en otra cosa que en la satisfacción de sus apetitos.

—Abuelo Xiklos —preguntó uno de los oyentes, una muchacha de dieciocho años—, ¿hace muchos años que se produjo el último ataque de los del Pueblo Renacido?

—Tú no habías nacido todavía, pequeña Rovinia —sonrió el anciano—. Y tus padres eran poco más que unos chiquillos, que ni siquiera pensaban en la ceremonia de la Fértil Unión. Fue una lucha dura, sangrienta. Muchos de los nuestros murieron y los gemidos y llantos de sus familiares llenaron durante bastantes días el aire del Pueblo Muriente. Algunas de nuestras doncellas fueron raptadas y desaparecieron para siempre.

»Pero el Pueblo Renacido fue rechazado más allá de nuestras fronteras. Pocos pudieron escapar con vida, aunque, eso sí, los que consiguieron salvarse, se llevaron hasta una veintena de nuestras más robustas doncellas.

»Todo cuanto hicimos para rescatarlas resultó inútil. Mas la derrota sufrida a nuestras manos fue tan grande, que aún perdura en su memoria y no han querido volver a correr un nuevo riesgo. Quizá un día vuelvan a atacarnos, ¿quién puede saberlo?

»De todas formas, es mejor que no ataquen. Ellos morirían casi todos, desde luego, pero también de los nuestros morirían muchos. Y es preciso vivir, vivir para que el Pueblo Muriente pierda ese

nombre algún día y pueda llamarse de nuevo el Pueblo Triunfante.

—¿Cuándo sucederá eso, abuelo Xiklos? —preguntó otro de los circunstantes.

El anciano hizo una pausa. Un pequeño golpe de la brisa hizo ondear sus largos cabellos en torno a su cráneo.

—Todos sabéis que hay una nave que yace en medio de la llanura. Vino un día, envuelta en llamas y humo. Pero de su interior no salió más que un solo superviviente; todos los demás habían muerto misteriosamente.

—¿Y qué fue de ese superviviente? —inquirió Rovinia.

Xiklos calló un instante.

—Fue bien recibido por los habitantes del Pueblo Muriente. No podía volver al lugar de donde había venido y se quedó aquí a vivir con ellos. Al cabo del tiempo conoció a una doncella y se enamoró de ella. Le pidió fuese su pareja en la ceremonia de la Fértil Unión. Ella accedió... y así, aquel hombre se convirtió en uno más de este pueblo.

—¿Y no transmitió sus conocimientos a nuestros antepasados?

—Sí. Hizo cuanto pudo en este sentido. Pero le rodeaba un muro de recelos e incomprensión, levantado a lo largo de siglos de aislamiento e ignorancia. Sus esfuerzos resultaron poco menos que inútiles. Al fin se resignó y adoptó el medio común de vida del Pueblo Muriente. Eso fue todo.

—¿Y su nave? Dicen —exclamó Rovinia—, que venía de las estrellas. ¿Por qué no se volvió?

—El aparato resultó averiado. Ya lo estaba antes de aterrizar. Y aquel superviviente era incapaz de repararlo. Quedó aquí, a la fuerza.

—¿Es cierto que antiguamente los hombres viajaban de un planeta a otro, incluso aunque estuviesen situados en distintos sistemas estelares? —preguntó un muchachito de quince años, hermano menor de Rovinia.

—Así es, Beldan —contestó el anciano—. Y la nave que está en la llanura lo prueba.

Los ojos del muchacho se clavaron en las estrellas.

—¡Cómo me gustaría visitar otros mundos! —exclamó.

—Quizá lo hagas algún día —dijo Xiklos.

—¿Cómo puede ser eso? La nave está averiada; no puede

despegar.

—La tradición dice que un día, envuelta en llamas y humo, llegará una nave. Ese día, los hombres del Pueblo Renacido se lanzarán de nuevo a la guerra. Se producirán cruentos combates y morirán muchos. Al fin, el Pueblo Renacido será exterminado. Quizá sobrevivan algunos, pero los que queden, huirán para siempre. Pero entonces, nosotros nos habremos transformado en el Pueblo Triunfante y empezará una nueva era, una era que nos conducirá de nuevo a la cúspide del poder y de la gloria.

Las últimas palabras del anciano se extendieron lenta y sonoramente por encima de las cabezas del auditorio, que guardaba un religioso silencio.

Permanecieron todos callados durante largo rato, embargados por una especie de religiosa emoción causada por las palabras de Xiklos y que, sin embargo, ninguno de ellos habría sabido definir.

De pronto, un sonoro ronquido, una especie de vibrante mugido, cortó con sus broncas notas el silencio.

Xiklos se apoyó en el báculo con ambas manos, poniéndose dificultosamente en pie. Extendió la mano derecha.

Al oír el sonido, todos los muchachos echaron a correr, desbandándose. Sólo quedaron dos junto al viejo: Rovinia y su hermano Beldan.

—Apóyate en mi hombro, abuelo Xiklos —dijo la muchacha—. Te llevaré hasta tu cubículo.

—Gracias, hija —murmuró Xiklos—. Eres muy buena.

Tanteando el terreno con el báculo, Xiklos descendió la pendiente de la ladera hasta llegar al barranco. Rovinia iba a su derecha, en tanto que Beldan caminaba al lado opuesto.

Unos momentos después, llegaron a la entrada de una cueva, en la cual ardía una débil llama, que proporcionaba una difusa iluminación a la oquedad. Rovinia penetró, haciendo que Xiklos se sentase en un banco de piedra que había junto a uno de los muros.

—Te traeré la cena, abuelo Xiklos —dijo la muchacha—. Beldan, tú ve a casa y diles a los padres que iré enseguida, apenas haya atendido al anciano Xiklos.

—Sí, hermana —contestó el muchacho, dando media vuelta y echando a correr.

Rovinia salió de la cueva. Pocos minutos después, volvió con

una escudilla de barro, que contenía una especie de pasta gris verdosa, de regular consistencia, junto con una cuchara de madera, hecha con un trozo de rama de uno de los árboles muertos.

—Toma, abuelo Xiklos —dijo—. Ahora dispénsame, pues he de volver con los míos.

El viejo extendió la mano derecha, tanteando el aire. Rovinia se le acercó.

—¿Quieres algo más de mí, abuelo Xiklos? —dijo.

—Sólo una cosa, Rovinia. Tengo cierto don de profecía. Voy a hacerte una. Escúchame con atención.

Ella le miró con curiosidad. Contempló escrutadoramente los ojos sin vida del anciano y su semblante arrugado y fláccido.

—Antes he hablado de que un día vendrá una nave envuelta en humo y llamas.

—Sí, abuelo Xiklos.

—Pues bien, tú te irás en esa nave. Un hombre de los que viajan en ella se enamorará de ti y te llevará, convertida en su mujer. Y ese hombre, además, será el que convierta el Pueblo Muriente en el Pueblo Triunfante. Recuérdalo bien y recuérdame a mí cuando tú y ese viajero de las estrellas hayáis celebrado la ceremonia de la Fértil Unión.

Rovinia calló durante unos instantes.

—¿Cómo puedes saberlo, abuelo Xiklos? —preguntó.

El viejo sonrió tenuemente.

—Hija mía, los años confieren una gran experiencia y sabiduría. Lo sé y eso debe ser suficiente para ti. Ahora, vete; en tu casa estarán impacientes por tu tardanza. Vuelve a verme otro rato, cuando quieras; sabes que siempre te escucho con agrado.

—Adiós, abuelo Xiklos —contestó ella.

Rovinia salió de la cueva y echó a correr ágilmente hacia la suya, a la que llegó momentos después.

La entrada de la cueva estaba tapada por una cortina de tela. La apartó a un lado y cruzó el umbral.

Sus padres y Beldan estaban sentados ya a la mesa, un rústico mueble hecho con madera de los árboles muertos. Cada uno tenía ante sí un plato conteniendo una dosis de aquella pasta gris verdosa que Rovinia había llevado al anciano.

—¿Dónde estuviste ahora, Rovinia? —preguntó su madre

ásperamente.

—Hablaba con el viejo Xiklos, madre —contestó la muchacha, sentándose a la mesa.

—Ese chiflado —gruñó la mujer. Aún era joven y hermosa—. No hace otra cosa que imbuiros locas ideas en vuestras cabezas.

—Madre, Xiklos...

—Calla y empieza a comer, Rovinia. En lugar de escuchar las tonterías del viejo loco de Xiklos, deberías ir pensando en que ya eres toda una mujer y que estás retrasando demasiado la ceremonia de la Fértil Unión con uno de los jóvenes de nuestro pueblo. Dorsos, Utian, Raddo y varios otros te pretenden y tú lo sabes. Si no te gusta uno, elige otro, el que más te agrade, pero celebra la ceremonia.

—Tú esperaste hasta encontrar el hombre que te agradó, ¿no es cierto?

Rovinia miró a su padre al pronunciar las últimas palabras. El hombre sonrió levemente, aunque no dijo nada.

—Es cierto —contestó la madre—, pero a los dieciséis años, tu padre y yo ya habíamos celebrado la ceremonia de la Fértil Unión. Y un año después naciste tú.

La mirada de la muchacha se hizo pronto soñadora.

—Xiklos me dijo que un hombre vendrá en una nave llameante y después de celebrada esa ceremonia, me llevará con él.

—¡Bah...! ¡Tonterías...! ¡Paparruchas de viejo loco! —bufó despectivamente la madre de la muchacha—. Lo dicho, Dorsos, Utian, Raddo... o cualquiera de los jóvenes que pululan por ahí. Eres hermosa, hija mía, posiblemente la más hermosa de todas las doncellas. Pero también la de mayor en edad y eso no me gusta. La gente murmura ya, ¿comprendes?

—Querida madre, deja que sea yo la que elija el momento y mi pareja para celebrar la ceremonia de la Fértil Unión. Es inevitable que tenga que hacerlo algún día, pero no me uniré con nadie que no me agrade. ¿O no hiciste tú lo mismo cuando te llegó tu hora?

—Jados —exclamó la madre de la muchacha, dirigiéndose a su esposo—, ¿has oído alguna vez desvergüenza semejante? Y todo eso, ¿sabes por qué? Porque escucha continuamente a ese chiflado, a ese viejo loco de Xiklos, a quien voy a romper un día su propio báculo sobre sus costillas. Debieras hablar con Urlo, nuestro jefe, y

decirle lo que sucede. Ese Xiklos está envenenando a nuestra juventud con sus fantásticas historias.

—Querida Dessa —dijo su marido calmosamente—, procura moderar tus expansiones. Rovinia es joven. ¿Tú no lo has sido? Nos unimos cuando tú tenías dieciséis años y yo diecinueve. Pero hubo una cosa fundamental en nuestra unión: nos amábamos. No obligues a la muchacha a celebrar la ceremonia de la Fértil Unión con quien no le guste. Deja que ella elija a su gusto… como hiciste tú y creo que no te arrepientes.

Dessa se sonrojó.

—No, si tú estás siempre a favor de tu hija —dijo—. Pero…

Jados atrajo a su mujer, ciñéndole con el brazo el talle todavía esbelto y flexible.

—Escucha, querida mía, deja a Rovinia en paz. Ella es ya mayorcita y, en ese aspecto, sabe lo que se hace. No la conviertas en una infeliz. Un día u otro encontrará a su hombre y entonces, antes de que te des cuenta, tendrás tu correspondiente pareja de nietos. —Jados guiñó el ojo a la muchacha—. ¿Verdad, Rovinia?

—Verdad, padre —contestó la muchacha, lanzando una alegre carcajada.

Y luego se puso en pie, tras recoger las cuatro escudillas y las cuatro cucharas que les habían servido para la cena.

—No olvidéis —dijo Dessa— que mañana es preciso madrugar. Hemos de ir al Manantial de la Vida a recoger nuestras raciones para toda la semana.

—Sí, madre —contestó la muchacha, dejando los cacharros en un rincón.

Luego se retiró a su cubículo.

La cueva estaba dividida en cuatro partes. Una de ellas, la mayor, servía de comedor y sala de reunión, y a ella daban los tres cubículos restantes. El primero, algo más grande que los otros dos, estaba situado a la izquierda de la entrada y servía de dormitorio para los padres. Los otros dos, el uno detrás del otro, eran los dormitorios de Rovinia y su hermano Beldan.

La muchacha se tendió en su lecho, una cama harto rústica, hecha con madera pulverizada y cubierta simplemente por una tela. Colocó las manos bajo la nuca y miró al techo.

Oyó a su madre limpiar los cacharros de la cena, labor fácil y

rápida, pues se realizaba con arena simplemente; ¡el agua escaseaba tanto! Mientras tanto, sus pensamientos divagaron.

Recordó lo que había oído hablar al viejo Xiklos. Lo había escuchado en más de una ocasión, pero siempre le agradaba oír aquel relato de las desventuras de su pueblo. El pueblo que ahora era Muriente pero que, según la tradición, un día sería Triunfante.

«… un día, envuelta en llamas y humo, llegará una nave de las estrellas…»

«Se producirán cruentos combates y morirán muchos… El Pueblo Renacido será exterminado…»

«Pero nosotros nos habremos transformado en el Pueblo Triunfante…»

«Tú te irás en esa nave. Un hombre de los que viajan en ella se enamorará de ti… Y ese hombre, además, será el que convierta el Pueblo Muriente en el Pueblo Triunfante…»

¿Cómo será aquel hombre?, se preguntó Rovinia, un segundo antes de quedarse completamente dormida.

CAPÍTULO II

Antes de que se hiciera el nuevo día, el Pueblo Muriente se puso en marcha hacia la Montaña donde estaba la Fuente de la Vida.

Caminaban en dos largas filas, los varones a la derecha, las mujeres a la izquierda. Al frente de ellos, Urlo, el jefe del Pueblo, asistido por los Seis Varones Justos, que formaban el gobierno del Pueblo.

Poco había que gobernar, porque eran pocos y escasas sus necesidades. Éstas se reducían a poco menos que procurarse el agua, lo cual sucedía una vez por semana, cortar leña en el Bosque Muerto y, las mujeres, tejer telas con las cuales cubrir sus cuerpos, lo cual hacían más por pudor que por necesidad, ya que el clima de aquel planeta era sumamente benigno. Los hombres se adiestraban, además, en el uso de las armas. El temor latente a los hombres del Pueblo Renacido subsistía siempre, a pesar de que hacía ya más de cincuenta años del último ataque, pero las leyes del Pueblo Muriente, en este aspecto, eran inexorables. Todo varón en edad de combatir debía estar constantemente entrenado en el uso de armas con las cuales debían defenderse, en caso de un hipotético ataque por parte de sus enemigos seculares.

Mas, ¡eran tan escasas y débiles aquellas armas! Hondas que

lanzaban piedras, hachas construidas con trozos de guijarro duro, arcos y flechas hechos de la inagotable madera del Bosque Muerto... y nada más. Aquél era todo el armamento defensivo del Pueblo Muriente, a lo cual era preciso añadir el arma psicológica de su inagotable ansia de vivir.

Por el momento, sin embargo, parecían muy remotas, nulas prácticamente, las posibilidades de un ataque por parte del Pueblo Renacido. No obstante, no convenía relajar la vigilancia ni el entrenamiento. Las duras experiencias de años anteriores así lo exigían.

Lentamente, la larguísima procesión fue avanzando hacia la Montaña. Ésta se recortaba nítidamente en el horizonte, contra el cielo que ya empezaba a tomar un color azul resplandeciente, sin una nube, sin una sola mácula. El suelo era árido, pelado, inhóspito. No se veía una sola planta viviente en cuanto alcanzaba la vista. A la izquierda se divisaba el lejano conjunto de troncos grisáceos que formaban el Bosque Muerto. Algunos árboles aparecían a derecha e izquierda de la ruta que conducía a la montaña; también estaban secos.

Una hora más tarde, el Pueblo Muriente llegó a la base de la montaña, que mediría unos mil metros de altura, desde la planicie a la cúspide. La base mediría unos tres mil de diámetro, lo cual daba una circunferencia de aproximadamente nueve mil metros. Las laderas estaban alisadas por el soplo del viento durante siglos y al pie de la montaña daba comienzo una amplia senda que ganaba altura, en suaves zigzags, que permitían un fácil ascenso.

A trescientos metros de la llanura, se abría la gran puerta que daba acceso al Manantial de la Vida. En la puerta había dos hombres constantemente de guardia, que eran relevados cada veinticuatro horas. Caso de avistar algún peligro, avisarían al pueblo por medio de señales de humo hechas con la hoguera que ardía perennemente a un lado de la entrada.

Urlo, el jefe, se volvió y alzó ambos brazos.

—Las mujeres, que entren. Los hombres, esperad.

La fila de la izquierda se puso nuevamente en movimiento. Los grandes batientes de la puerta se abrieron al acercarse a ella la primera mujer de la fila. Nadie sabía por qué se abría de modo automático la puerta, pero así era y tampoco ya nadie se

preocupaba por ello demasiado. Aceptaban el hecho como algo consustancial con sus vidas, como el día y la noche y el aire que respiraban.

Rovinia entró y cruzó la puerta cuando le llegó el turno. Realizaba la misma operación desde que tenía ocho años y todavía, diez más tarde, aún no había podido desprenderse del temor aprensivo que le inspiraba el Manantial de la Vida.

Pasó al otro lado del umbral. Sus ojos estaban habituados al violento resplandor del exterior y hubo de parpadear unos momentos antes de poder distinguir los penumbrosos contornos de las cosas. Un sordo rumor, amplificado por la resonancia causada por una gigantesca concavidad, llegó a sus oídos, ensordeciéndola.

Poco a poco, sus pupilas fueron acostumbrándose a la penumbra que reinaba en el interior de la montaña.

Ésta era hueca en su interior. Casi hubiera podido decirse que la montaña había sido construida por la mano del hombre en torno a un fragmento de espacio, tal era el tamaño de la oquedad.

En uno de los lados de la cueva, brotaba un chorro de agua de medio metro de grueso. El chorro caía, desde cinco o seis metros de altura, a un gigantesco estanque de más de trescientos metros de diámetro. En cambio, su profundidad era ridícula comparada con la anchura; apenas si alcanzaría metro y medio en el sitio más hondo.

El estanque estaba rodeado por una faja circular de arena muy fina de unos veinte o treinta metros de anchura. Y sobre el agua se alzaba la bóveda de la gruta, a una altura tal que no se podía distinguir a causa de la escasez de luz.

De trecho en trecho, se veían algunas lámparas de escasa potencia, que eran las que alumbraban el interior de la oquedad. Nadie sabía cómo estaban allí ni quién las había colocado. Tampoco se preocupaban de averiguarlo; estaban, daban luz y eso era suficiente.

Lo mismo que el agua. Caía y era su manantial, su fuente de vida, la única fuente, junto con la del Pueblo Renacido, existente en aquel planeta. Si un día se agotaba aquella fuente, el Pueblo Muriente desaparecería rápidamente.

Cada una de las mujeres había llevado un recipiente de arcilla, capaz de contener hasta quince litros del preciado líquido. Los recipientes eran casi planos y llevaban unas tiras de tejido sujetas a

sus dos asas, con el fin de colocarlos a la espalda y así hacer más fácil el transporte.

Antes de tomar su ración de agua, era preciso someterse al semanal ritual del baño. Durante la semana apenas si podían humedecerse el rostro con un poco de agua. El Pueblo Muriente tenía miedo de hacer consumo excesivo del líquido y perecer un día de sed por agotamiento del manantial.

Rovinia se desnudó. Fue sencillo: se sacó el vestido por encima de la cabeza y quedó lista; aquél era todo su atuendo.

Las mujeres chillaban y reían. El agua estaba frigidísima y algunas sentían aprensión de sumergirse en el líquido. Rovinia, sin embargo, era de las que no perdían tiempo. Por su gusto, se hubiera pasado las horas dentro del estanque, sin importarle la temperatura del agua. Pero las leyes del Pueblo eran inexorables: quince minutos y fuera.

Se chapuzó de golpe. Como de costumbre, el agua casi helada le cortó la respiración. Pero luego reaccionó, mientras nadaba con fuertes y potentes brazadas.

Más tarde recogió su ración de agua y se colocó el cántaro a la espalda. Salió en el lugar que le correspondía y, con el resto de las mujeres, esperó a que los hombres hubieran realizado la misma operación.

Cuando regresaron a su cueva, la familia de Rovinia llevaba consigo ciento veinte litros del preciado líquido; el consumo de una semana.

Rovinia dejó caer el contenido de su cántaro en el recipiente común. Y no lo hizo sin refunfuñar.

—La ley de la semana debiera ser abolida —dijo al retirar su cántaro—. El agua no cesa de manar; no veo, pues, por qué hemos de escatimarla tanto.

—Silencio —dijo su madre—. Si te oyeran Urlo o alguno de sus consejeros, podrías pasarlo muy mal, Rovinia.

La muchacha hizo una mueca de burla.

—Manada de fósiles. Carecen de elasticidad mental, no saben acomodarse a las circunstancias. El agua mana siempre, siempre. ¿Se les ha ocurrido preguntarse alguna vez adónde va el sobrante? El lago permanece constantemente al mismo nivel. Eso significa que tiene un desagüe con un volumen de salida exactamente igual al de

entrada. ¿Dónde va a parar esa agua que se pierde? ¿En qué se aprovecha?

Dessa miró a su hija con ojos extrañados.

—Rovinia, no te conozco. Jamás habías hablado así antes de ahora. ¿Qué te sucede, hija mía?

—Nada, madre, únicamente he expresado en voz alta las dudas que me torturan ya desde hace mucho tiempo. Pero el agua se pierde en balde. Y yo me he preguntado más de una vez si no sería posible construir una conducción que trajese el líquido directamente desde la Fuente hasta nuestros habitáculos. Madre, ¿sabes que el agua es la fuente de toda la vida? Si hiciéramos que llegase hasta aquí, la tierra perdería su aridez, los árboles muertos revivirían, habría nubes en el cielo, incluso llovería algún día... Y, sobre todo, veríamos el color verde de las hojas y de la hierba. ¡El color verde! —suspiró Rovinia—. Dicen que es el color de la esperanza.

—¿Nubes? ¿Lluvia? ¿Color verde? ¿Hierba? Hija, te has vuelto loca.

—No, madre —exclamó Rovinia con firmeza—. Digo lo que es verdad. El agua es el manantial de la vida...

—Xiklos te ha llenado la cabeza de ideas locas y estúpidas —barbotó Dessa coléricamente—. Lo denunciaré ante el consejo para que lo expulsen del Pueblo Muriente.

—¡Calla, madre! Xiklos me ha contado muchas cosas, es cierto; pero otras... Otras las he aprendido yo.

—¿Dónde, Rovinia?

Los ojos de la muchacha se volvieron de pronto ensoñadores.

—En la nave muerta, madre.

Dessa se lanzó sobre su hija y le tapó la boca con las manos, al mismo tiempo que miraba con expresión de pánico hacia la entrada de la cueva, temerosa de que alguien entrara.

—Rovinia, por el Gran Manantial, calla. Si te oyeran, correrías un grave peligro. Por lo que más quieras, calla y abandona esas locas ideas, ¿quieres? Te lo ordeno con mi autoridad de madre, ¿me has oído?

Rovinia se desasió, poniéndose en pie de un salto.

—Madre, te respeto y te quiero mucho —dijo—, pero hay cosas tan patentes, tan perceptibles a simple vista para el que quiere

verlas, que no puedo negarlas, por mucho que os empeñéis tú y todos los del Pueblo Muriente. Dejar que se pierda el agua es, además de todo, inútil, funesto y perjudicial para nuestro pueblo. Debemos usar el agua libremente, sin restricciones; para ello mana en la cueva de la montaña.

—¡Rovinia! ¡Calla de una vez! ¡Estás blasfemando! ¿Me has oído? ¡Calla! ¡Te lo ordeno!

La muchacha apretó los labios, en tanto que su seno palpitaba de indignación.

—Eres mi madre y te respeto —contestó glacialmente.

Levantó la cortina que cubría la entrada de la cueva y salió.

Permaneció unos momentos quieta, con los brazos sobre el pecho mientras meditaba profundamente. De pronto, decidiéndose, se encaminó a la cueva donde vivía el viejo Xiklos.

Xiklos estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. El agudo oído del ciego percibió los pasos de una persona que se le aproximaba.

—Hola, Rovinia —trinó cascadamente.

—¿Me has conocido, abuelo Xiklos? —preguntó ella, asombrada.

—Tus pasos son inconfundibles, querida niña. Y por tu voz deduzco que algún grave problema tortura tu mente. Anda, ven, siéntate a mi lado y cuéntame todo lo que te pasa. Quizá yo pueda ayudarte.

Rovinia obedeció, ocultando las piernas bajo su cuerpo. Maquinalmente, se ahuecó el largo cabello, haciendo que le cayera en áurea cascada a lo largo de la espalda.

—He estado hablando con mi madre —dijo, y le relató la conversación punto por punto.

Al terminar, esperó la respuesta del anciano. Xiklos tardó unos segundos en hablar.

—Hace ya muchos, muchísimos años que propuse lo mismo al antecesor de Urlo. Se me rió en las narices y con él sus seis consejeros. Y me alegro de que se contentaran solamente con reír. Quizá, por la edad, me consideraron un viejo chiflado. De haber sido más joven, mi suerte hubiera resultado muy otra. Rovinia, te aconsejo que calles y no intentes cambiar lo que ya está establecido.

—Pero... es que la suerte del Pueblo Muriente mejoraría tanto —se dolió la muchacha.

—Lo sé, pero ellos están ciegos y no lo ven.

—No quieren verlo, que es muy distinto.

Xiklos movió la cabeza.

—No. Si fuera como dices, sería cuestión de insistir y probar una y otra vez, hasta atraerlos a nuestro campo. A una persona que está equivocada se le puede convencer de su error; pero a un ignorante es muy difícil, por no decir imposible, hacerle ver que lo que hasta ahora creía que era blanco es negro y viceversa. Eres joven, Rovinia, no te compliques la existencia. Búscate un hombre con el cual celebrar la ceremonia de la Fértil Unión y...

—Tú me dijiste que vendría en una nave llameante, abuelo Xiklos.

—Sí, es cierto. Perdona, hijita, pero a veces la memoria me falla. Ten paciencia; ese hombre ya no puede tardar mucho en llegar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, mientras sentía que el pecho le palpitaba con violencia.

Xiklos sonrió enigmáticamente.

—Lo sé y eso es suficiente. Eres joven, hermosa y buena, Rovinia. El hombre vendrá y te llevará con él y tú te irás sumamente satisfecha de ser su mujer. Espera y ten paciencia.

—Si tú lo dices, esperaré —exclamó la muchacha muy convencida.

* * *

Pasaron varios días.

El Pueblo Muriente renovó su provisión de agua. Al día siguiente, Rovinia llamó a su hermano.

—Beldan, ¿quieres acompañarme?

El muchacho frunció el ceño.

—¿Adónde vas, Rovinia?

—Al otro lado del Bosque Muerto.

Beldan se estremeció.

—¡Rovinia, eso está severamente prohibido!

—Ya lo sé —contestó ella con una mueca de desdén—. Pero no es la primera vez que lo hago. En realidad, he ido muchas veces, aunque siempre sola. Ésta es la primera que llevo compañía. Y quiero que seas tú el primero que venga conmigo al otro lado del

Bosque y que veas lo que hay allí.

—¿Has estado otras veces? —exclamó el chico, estupefacto.

—¡Claro que sí! ¡Muchas! Y nunca me ha sucedido nada. ¿No me ves aquí, perfectamente sana, a tu lado?

Beldan vaciló. Largos años de prohibiciones y prejuicios le habían enseñado no sólo a respetar, sino a temer lo que había al otro lado del Bosque Muerto. Que él tuviese conocimiento, su hermana era la primera persona que había franqueado los límites del Bosque sin que nada le hubiese sucedido. ¿Por qué no había de hacer él lo mismo?

Los ojos del chico brillaron de pronto.

—¡Vamos! —exclamó, rompiendo la marcha el primero.

CAPITULO III

El silencio era absoluto. Los árboles del bosque eran muy altos en su gran mayoría y sus troncos, siglos atrás, habían crecido rectos como columnas. Muchas de las ramas caían por sí solas, heridas por el paso implacable del tiempo.

El suelo estaba cubierto de una finísima capa de polvo procedente de las ramas y troncos desintegrados por sí solos en el transcurso de los años, lo cual ahogaba el menor ruido al pisar.

De aquel bosque sacaba el Pueblo Muriente su leña y su comida. Era un bosque inmenso, menos ancho que largo. Su longitud era enorme, tanta que no podía recorrerse en una semana de marcha continua. En cambio por comparación, resultaba muy estrecho, puesto que en tres horas, cuatro cuando más, podía atravesarse por completo.

Rovinia y su hermano caminaban con paso vivo y rápido, rectamente, sin entretenerse en mirar a derecha e izquierda. El espectáculo de un colosal bosque, muertos todos sus árboles, era algo tan sobradamente visto, que no merecía la consideración de una mirada más interesada que otra.

Beldan era portador de una pesada hacha de piedra, pretexto justificativo de su presencia en el bosque. Habían salido a cortar leña, sería la excusa que darían si eran sorprendidos. Pero nadie se

preocupaba de ellos; en realidad, era más el terror que inspiraba lo que había al otro lado del Bosque que el miedo a quebrantar la ley, lo que impedía que ningún miembro del Pueblo Muriente traspasase los límites prohibidos.

Caminaron durante largo rato en silencio, divisando siempre un mismo y monótono panorama de troncos elevados y rectos, cuyas ramas, en lo alto, parecían emitir un continuo clamor silencioso de súplica que nadie podía escuchar. Eran unas imágenes desgarradas y dolientes de unos seres inmóviles, pero que un día habían sido vivos y que ahora estaban muertos.

Tres horas y media después de haber emprendido la marcha, llegaron a los límites del bosque. Rovinia se detuvo, jadeante por el esfuerzo, el rostro encendido y el seno palpitante.

La llanura se extendía infinita ante ellos. En todo cuanto alcanzaba su longitud, apenas si se divisaba alguno que otro accidente geológico, alguna roca, alguna quebrada de pequeñas dimensiones... Nada, excepto una cosa que brillaba rutilantemente a la luz del sol.

La nave.

Estaba allí, a quinientos pasos del bosque, tendida de costado, con la silenciosa inmovilidad de sus chorros apagados y sus portillas sin vida. Era una nave que había viajado por todos los rincones de la Galaxia y que ahora yacía allí, sin una mano inteligente que hiciese funcionar sus propulsores exhaustos.

—Volvamos, Rovinia —dijo el chico, temblando de miedo.

—Calla —dijo ella—. No vamos a volver. Vamos a entrar en la nave.

Beldan tragó saliva.

—¿En la nave? Moriremos apenas traspasemos el umbral, Rovinia. ¡Vámonos, vámonos, te lo suplico!

—Eres tonto, Beldan —dijo ella desdeñosamente—. ¿Morir? Yo he estado en ella cien veces y no me ha pasado nada. Ven.

Y sin esperar la respuesta de su hermano, echó a andar.

Beldan vaciló unos segundos. Marchar hacia la nave le daba miedo, pero quedarse solo allí era peor. Echó a correr detrás de su hermana, alcanzándola en cuatro zancadas.

Unos minutos más tarde, llegaban a la nave, cuyo tamaño, visto desde abajo, les pareció colosal.

Había una puerta situada a cuatro metros del suelo, a la cual se accedía por medio de una escalera de aguda inclinación. Rovinia empezó a subir, alcanzando la entrada en pocos segundos.

Cruzó el umbral, y se detuvo unos pasos más adelante.

Había estado numerosas veces en la nave, sí, pero el colosal aparato le infundía un respeto casi supersticioso cada vez que entraba en ella.

Dentro del aparato reinaba un silencio casi completo. No era total, porque se percibía un debilísimo zumbido, una especie de tenue vibración que apenas si podía llamarse sonido, pero que daba idea de que alguna maquinaria del navío estelar continuaba funcionando a pesar del transcurso de los años.

Beldan se apretó contra su hermana. ¡Era aquello tan distinto de su cueva! Los metales brillantes, los vidrios espejantes, el suelo liso y pulido, pero blando al mismo tiempo... y tantas y tantas maravillas como las que se encerraban en aquella nave.

Interiormente, Beldan experimentó un cierto sentimiento de júbilo. Había entrado en la nave y no le había sucedido nada. No había muerto, como decían Urlo y sus consejeros. Estaba vivo y admirando algo indescriptible y maravilloso.

Rovinia echó a andar por un corredor, flanqueado a la derecha por numerosas puertas y a la izquierda por una barandilla de metal. Derivó luego a la izquierda, cruzando un corto puentecillo y subió por una escalera de caracol, que la llevó tres pisos más arriba.

Beldan seguía a su hermana en silencio. Rovinia se detuvo ante una puerta, en la cual había grabados unos extraños signos.

—¿Qué es eso, Rovinia? —preguntó el chico interesado.

—La biblioteca.

—¿La bibl...? —Beldan era la primera vez que oía una palabra semejante—. Y eso, ¿qué quiere decir?

—Es un lugar donde hay libros. Los libros son unas cosas que sirven para aprender. Ven, entra conmigo y lo verás.

Franquearon la puerta, encontrándose en una gran pieza, cuyos muros estaban cubiertos por unos estantes que llegaban hasta el techo, llenos de aquellos raros objetos que Rovinia llamaba libros. Rovinia tomó uno muy grande y lo abrió por el centro.

Los ojos de Beldan se dilataron. Era la primera vez que veía una cosa tan hermosa y de colores tan bellos. Había numerosos

grabados, a cuál más lindo, que subyugaban los sentidos del chico, haciéndole quedar absorto ante cada uno de ellos.

Beldan vio unos grabados que representaban unas casas enormes, con muchísimas ventanas, como jamás las había conocido; vio también extrañas máquinas, unas terrestres, voladoras otras, alguna flotando sobre lagos gigantescos, al lado del cual, el estanque del Manantial era apenas una gota de agua en el receptáculo familiar… Las máquinas eran de muy diferentes clases, aunque sirviesen para desplazarse por el mismo medio ambiente. Algunas de ellas eran parecidísimas, si no idénticas a aquélla en que se encontraban; pero todas daban idea de una civilización y unos conocimientos humanos como jamás había supuesto pudiesen existir.

También vio grandes extensiones de tierra cubierta de unas cosas verdes que no supo identificar. La belleza de aquellos objetos era evidente, y de algunos de ellos, nacían otras cosas más pequeñas pero de lindísimos colores que encantaron el ánimo del chico.

—Así eran los bosques antes de morir —dijo Rovinia, cerrando de pronto el libro y devolviéndolo a su estante.

—¿Tú comprendes lo que dice ahí? —preguntó Beldan, sin salir de su asombro.

—No mucho, porque no tengo sobradas ocasiones de venir aquí. Pero si pudiera hacerlo a diario, en un año sería capaz de comprender la mayoría de las cosas.

Beldan miró admirado a su hermana.

—Entonces, te convertirías en la mujer más sabia del Pueblo.

Los ojos de Rovinia fulguraron.

—Así debiera ser, si no temiera ser sorprendida. Ésos… serían capaces de matarme, si supieran la verdad. Pero —agregó con calor —, si me dejasen, en pocos años las condiciones de vida del Pueblo Muriente habrían cambiado de tal forma, que nadie sería capaz de elevar luego su voz contra mí. Viviríamos mucho mejor y…

Se pasó la mano por la frente y sonrió melancólicamente.

—¿A qué soñar, Beldan? Dejémoslo por ahora. Sigamos.

Salieron de la biblioteca. Mientras caminaban por el corredor lateral, Rovinia pensó en lo que le gustaría poder venir allí a diario. Había tantos libros por leer con tantas cosas instructivas. Pero aquella severa prohibición…

Se detuvo ante una puerta cerrada. También había un rótulo sobre ella.

—¿Qué dice? —preguntó Baldan.

—Es la cámara de mando —contestó la muchacha.

—¿La... cámara de mando?

—Sí. Cuando esta nave volaba entre las estrellas, los hombres que viajaban en ella la gobernaban desde aquí. ¿Quieres entrar?

Beldan titubeó.

—Si entras tú...

—¡Naturalmente que sí! Lo hago cada vez que vengo. Sígueme.

Rovinia abrió la puerta y, seguida del chico, penetró en una estancia casi circular, llena de una infinidad de aparatos de los cuales no entendían nada en absoluto. El zumbido que habían percibido al entrar en la nave se notaba allí ligeramente más acentuado.

De pronto, Beldan lanzó un grito.

—¡Rovinia! ¡Nos están mirando! ¡Fíjate en eso!

La mano del chico señalaba un punto donde se veía una lucecita encarnada oscilar con alternativas de distinta intensidad luminosa, en períodos de tiempo diferente cada vez, aunque siguiendo un ritmo preconcebido. Al mismo tiempo se oía un sonido muy débil, una especie de «bip-bip» acompasado con las oscilaciones de la luz.

—Eso está así desde el primer día. Déjalo —contestó la muchacha negligentemente.

Para Rovinia, pese a que el espectáculo le era sobradamente conocido, estar en la cámara de mandos era algo que le fascinaba y la atraía sobremanera. Cada vez que acudía a la nave, se sentaba en uno de los sillones de pilotaje y dejaba vagar la imaginación, en tanto que sus manos acariciaban delicadamente los controles, sin atreverse a tocar ninguno de los numerosos botones y palancas que tenía ante sí y cuyo objeto, individualmente, no acababa de comprender. No obstante, sí sabía que aquel conjunto de instrumentos servía para hacer elevarse a la nave y navegar por el espacio.

¡Navegar por el espacio! ¡Viajar a las estrellas! Cada noche, cuando se dormía, la muchacha soñaba con hallarse a bordo de una nave como aquélla, recorrer distancias infinitas y conocer planetas habitados y llenos de gente civilizada, donde hubiera grandes selvas

vivas, extensos océanos azules y ríos murmurantes. En su interior, Rovinia sabía que aquellos mundos existían y que en ellos las gentes vivían contentas y felices. Pero allí, en aquel planeta, donde la vida, dentro de una sencillez, era tan árida y monótona, Rovinia se ahogaba, se asfixiaba en su infinito deseo de ampliar sus conocimientos.

Hubiera dado algo bueno por saber manejar la nave. Entonces, habría huido a los espacios siderales, sumiéndose en la eterna noche del infinito, sin importarle lo que hubiera podido sucederle después.

Pero tenía que continuar amarrada al desértico suelo de su planeta y continuar atada a las duras prohibiciones de la ley del Pueblo Muriente, sujeta a una vida estrictamente regulada, donde las novedades eran casi tan nulas como las nubes en el cielo.

La voz de su hermano la sacó de la abstracción en que había caído.

—Rovinia, se está haciendo tarde. Anda, volvamos al pueblo.

Haciendo un esfuerzo sobre sí misma, la muchacha se puso en pie.

—Sí —dijo roncamente—. Vamos.

Salieron de la cámara de mando. Descendieron dos cubiertas. Al pasar por una puerta, Beldan vio unos signos rojos grabados en la superficie de la misma.

—¿Qué dice ahí, Rovinia? —inquirió, curioso, ya que en las otras puertas los signos eran negros sobre fondo blanco.

—Aquí es donde se guardan las armas —contestó ella.

Los ojos del muchacho lucieron de pronto.

—¡Armas! ¿Qué clase de armas? ¿Acaso hachas y arcos de metal?

—No —sonrió ella—. Esta gente era mucho más civilizada y no usaba ese género de armas. Tenía otras mucho más poderosas, aunque yo no sé utilizarlas.

—¿Por qué no entramos?

El espíritu juvenil de aventuras del muchacho se había despertado de pronto y ansiaba ver y palpar aquéllas que suponía, no sin razón, poderosas armas.

—Está bien —accedió Rovinia—. Pero con una condición: no has de tocar nada sin mi permiso, ¿estamos?

—¡Conforme! —exclamó Beldan, abriendo la puerta y

penetrando en la cámara.

El chico se llevó de momento una gran decepción. La armería era muy pequeña; un cuarto de apenas tres por dos metros. Había unos pocos estantes y un par de armarios. En los primeros se veían unos largos fusiles, con dos extrañas protuberancias en su boca y en el centro de la estructura. Eso era todo lo que podía apreciarse a simple vista.

—¡Vaya unas armas! —exclamó el chico despectivamente—. Estoy seguro de que con uno de esos palos no se podría matar a un hombre siquiera.

—¿Y para qué quieres matar a un hombre? —observó ella reflexivamente.

—¡Mujer! Suponte que nos atacan los del Pueblo Renacido. ¿No sería maravilloso que supiéramos manejar alguna arma mucho mejor que nuestras hachas y nuestras hondas?

—Es posible —concordó ella—, pero ten en cuenta que los del Pueblo Renacido parecen muy calmados, por ahora, y sin ánimo de acometer empresas guerreras. Bueno, ya has visto lo que deseabas, Beldan. Ahora vámonos.

—Espera un momento —dijo el muchacho—. Quiero ver lo que hay en los armarios. ¿Me lo permites?

Y antes de que Rovinia pudiera asentir o denegar, Beldan abrió uno de los armarios, extrayendo de ellos una pistola de regular tamaño y raro aspecto.

—¿Cómo se manejará este artefacto? —preguntó el chico.

—No lo sé, pero déjalo donde estaba.

Beldan miró suplicantemente a su hermana.

—¿Me dejas llevarme una de estas armas? —rogó.

Rovinia se mordió los labios.

—No. Devuélvela a su sitio, Beldan. Ahora mismo.

El muchacho puso cara de lástima. Sin embargo, había prometido obedecer a su hermana.

—Un momento —dijo—. Quiero verla mejor.

En el centro de la pared opuesta a la puerta de entrada, había una portilla circular, por la cual entraba el sol de la tarde a raudales. Beldan se acercó a la luz, colocando la pistola directamente bajo los rayos solares.

Estuvo así unos momentos. Inconscientemente, sus dedos se

cerraron en torno a la culata del arma. Uno de ellos se curvó en torno al disparador, el cual oprimió sin darse cuenta.

Súbitamente, un relámpago verdoso iluminó la estancia durante una décima de segundo. Rovinia lanzó una exclamación de susto, al mismo tiempo que Beldan daba un salto prodigioso.

Los dos contemplaron con infinito asombro el redondo boquete que la descarga había abierto en uno de los mamparos de metal.

—¡Por el Gran Manantial! —exclamó el muchacho—. ¿Te has dado cuenta de la potencia de esta arma?

Rovinia se acercó al orificio, que mediría unos cinco centímetros de anchura, y lo examinó con infinita atención. Los bordes estaban perfectamente delimitados y no se advertía en el metal la menor señal de distorsión o quemadura.

Luego se volvió y desde allí miró la pistola que Beldan tenía aún en la mano. Se acercó a su hermano y murmuró:

—Déjamela un momento.

Tomó el arma en la mano y colocó el brazo horizontal. Movió los dedos hasta que el índice encontró el disparador.

De nuevo se produjo aquel deslumbrante chispazo verde, que era en realidad algo parecido a un dardo de fuego de aquel color, que llegaba desde la boca del arma hasta la pared metálica. Otro agujero se produjo en el mamparo, a corta distancia del anterior.

—Si disparas el arma contra una persona —exclamó Beldan, excitadamente—, la matará en el acto. Harías en su cuerpo un agujero y...

El chico se interrumpió de pronto. Alguien había penetrado en la nave.

—Rovinia —musitó—, hay gente.

En efecto, unos gritos guturales llegaron hasta ellos, procedentes de uno de los puentes inferiores del navío. El tono de las voces era claramente perceptible, no así las palabras que se cruzaban entre los intrusos.

Los ojos de Beldan se agrandaron desmesuradamente.

—Rovinia, son del Pueblo Renacido.

La muchacha palideció un instante. No temía por ella, a pesar de que sabía que si era hecha prisionera, su suerte no tendría nada de agradable. Temía por su hermano, que sería muerto instantáneamente por los salvajes del Pueblo Renacido. Ella iría a

parar a la cueva de alguno de aquellos brutos pero, de mejor o peor manera, seguiría viviendo. En cambio, Beldan...

—Quieto aquí y no te muevas —dijo.

Cautelosamente, se acercó a la puerta de la armería. Escrutó el espacio frontero.

En la cubierta inferior se veían cuatro o cinco individuos, casi desnudos, a excepción de un sucio trapajo que les ceñía las caderas. Iban armados con hachas de sílex, arcos y flechas y celebraban un conciliábulo entre ellos, muy asombrados, al parecer, al hecho de verse en el interior de un aparato que encerraba tantas maravillas desconocidas para ellos.

Rovinia comprendió bien pronto que tenía la salida cerrada. Era preciso esperar a que se marchasen aquellos salvajes.

Pero al mismo tiempo, se daba cuenta de que tenían que regresar a su cueva antes de que se hiciera de noche. Si llegaban tarde, sufrirían un duro castigo o quizás podía ocurrirles algo peor, si Urlo o alguno de los suyos insistía en averiguar los motivos de su tardanza.

¿Qué hacer? ¿Cómo llegar al exterior sin ser vistos?

Las dudas y vacilaciones de la muchacha fueron resueltas de la manera más inesperada que hubiera podido figurarse.

Una mano velluda surgió de repente, agarrándola por el brazo izquierdo. Sin poder contenerse, Rovinia lanzó un grito de terror.

CAPÍTULO IV

El hombre del Pueblo Renacido estaba merodeando por los corredores de la nave en busca de algo que ni él mismo hubiera sabido definir, cuando, de pronto, sus ojos captaron la nota brillante de unos cabellos rubios.

Inmediatamente comprendió que tenía ante sí a una hembra del Pueblo Muriente. Ninguna de las hembras de su tribu tenía los cabellos tan lustrosos como aquélla que tenía frente a sí, y los ojos del individuo brillaron de repente con una singular expresión de codicia.

Rovinia no se había dado cuenta de la presencia del salvaje, hasta que sintió la presión de aquella zarpa en su brazo. El individuo iba descalzo y sus pies no habían producido el menor sonido al pisar el suelo de «metalplast» del corredor, por lo que había podido acercarse impunemente a la muchacha.

Rovinia chilló. Al oír su grito, los individuos que se hallaban en el puente inferior volvieron la cabeza hacia arriba.

El otro lanzó un grito gutural. Forcejeó con la muchacha para llevársela, pero, en aquel momento, Beldan, saliendo en defensa de Rovinia, saltó hacia el individuo.

Era un chico, apenas más que un niño, pero no en balde tenía los músculos endurecidos por el continuo adiestramiento a que eran

sometidos desde los siete años. El hacha de piedra del muchacho subió y bajó una vez con centelleante movimiento.

El cráneo del salvaje se rajó como un huevo. El individuo cerró los ojos y cayó sin un suspiro, derramando un río de sangre por la herida.

Los otros exhalaron un feroz alarido. Tres o cuatro flechas silbaron por los aires y una de ellas se clavó en el hombro de Beldan, haciéndolo rodar por el suelo.

Rovinia se vio perdida. Su hermano no podría ayudarla a defenderse. Beldan sería rematado y ella...

Caído Beldan, los salvajes no habían disparado más flechas. No mataban nunca a las mujeres, sólo a los hombres. Si acaso, luego se entablaría una lucha feroz entre ellos mismos por hacer de la muchacha su botín. Rematarían a Beldan, pero a ella la respetarían. Sin embargo, Rovinia no quería caer en manos de un salvaje del Pueblo Renacido.

Algo le pesó de repente en la mano derecha. La miró con estupefacción; era la pistola que lanzaba aquellos relámpagos de color verde.

¿Sería cierto lo que decía Beldan, que aquella arma poderosa era capaz de matar a un hombre? Pero, si había atravesado con toda facilidad uno de aquellos muros de metal tan duro, ¿cómo no iba a atravesar el cuerpo de un hombre?

El primero de los salvajes estaba ya a pocos pasos de distancia. Sus ojos relucían como los de una fiera, en medio de un rostro cubierto de un vello hirsuto y repugnante, en tanto que sus dientes brillaban con una mueca perversa de triunfo.

Fue el instinto más que nada lo que hizo defenderse a la muchacha. Levantó la mano, encaró el arma hacia el salvaje y oprimió el disparador.

De nuevo se produjo aquel destello verdoso de tan deslumbrante fulgor. Obligada por el resplandor, Rovinia cerró los ojos un segundo. Al abrirlos, comprobó con infinito asombro los devastadores resultados de aquel arma tan singular.

El individuo había desaparecido y en su lugar flotaba perezosamente una nube de color grisáceo que se deshilaba lentamente en la atmósfera.

Los otros, que ya habían alcanzado el nivel del puente en que se

hallaba la muchacha, se detuvieron un instante, estupefactos y alelados por el hecho insólito que acababa de suceder ante sus ojos y cuya naturaleza, al igual que la propia Rovinia, no acababan de comprender.

Los salvajes permanecieron unos momentos irresolutos. De pronto, uno de ellos, desafiando el peligro, se lanzó hacia adelante, a la vez que emitía un grito estentóreo, como si con ello quisiera asustar o intimidar a la muchacha.

Pero ahora, Rovinia ya sabía lo que se hacía. Su cultura, en comparación con la de aquellos salvajes, era infinitamente superior y sabía que tenía en las manos un arma cuyo poder mortífero no podía siquiera ser discutido.

Sin inmutarse por el feroz aspecto del hombre, apuntó de nuevo. Por segunda vez, otro de los salvajes fue volatilizado en una milésima de segundo.

Los tres restantes se detuvieron, desconcertados y atemorizados por los fantásticos efectos de aquella arma que mataba en silencio. Uno de ellos, no obstante, obedeciendo al miedo que le dominaba, superior al ansia de conquistar a aquella hembra del Pueblo Muriente, tendió la cuerda de su arco, aprestándose a lanzar una flecha contra ella.

Rovinia no se estremeció siquiera. Apuntó con el arma al individuo y lo volatilizó con una descarga.

Los dos supervivientes no esperaron más. Dieron media vuelta y huyeron a la carrera, lanzando espantosos aullidos de pavor. En pocos segundos desaparecieron de la vista de la muchacha, la cual sonreía enormemente satisfecha de su hazaña.

De pronto recordó una cosa. Se volvió.

—¡Beldan!

El chico yacía en el suelo con los ojos cerrados y la cara muy pálida. De su hombro izquierdo sobresalía el palito de una flecha, cuya punta se le había clavado profundamente en la carne.

Dejando el arma a un lado, Rovinia se arrodilló al lado de su hermano. Beldan abrió los ojos en aquel momento y sonrió.

—No es nada, hermanita —dijo. Torció el gesto, haciendo una mueca de dolor—. Enseguida estaré curado.

Rovinia se aterró, no por la herida en sí que, aunque dolorosa, sabía no era mortal, sino porque se daba cuenta de que aquel día ya

no podrían llegar a la cueva. Se les echaría en falta y...

Beldan pareció adivinar sus pensamientos. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, consiguió sentarse en el suelo, agarrándose el hombro con mano crispada.

—Hemos de volver al Pueblo, Rovinia —dijo—. Si no llegamos antes del anochecer, nos castigarán severamente.

—No me importa el castigo —contestó ella con firme acento—. Tú eres lo primero y no estás en condiciones de caminar. Antes de haber recorrido mil pasos, caerías redondo al suelo. Nos quedaremos aquí hasta que te hayas curado.

—Pero ¿cómo vas a hacerlo? Y, sobre todo, si tengo que estar aquí muchos días, ¿de qué nos alimentaremos?

—Déjalo de mi cuenta, ¿quieres? Ahora haz un esfuerzo y ponte en pie. Luego buscaré los elementos de cura. Vamos, arriba.

Rovinia era, como todas las hembras del Pueblo Muriente, una mujer fuerte, lo cual no restaba, sin embargo, gracia a sus movimientos ni a su silueta. Cargando casi a su hermano, lo llevó hasta una habitación donde había un cómodo lecho sobre el cual tendió a Beldan.

—Ahora —añadió—, quédate aquí y no te muevas hasta que yo vuelva. No tardaré mucho, te lo aseguro.

Lo primero que hizo fue encaminarse a la biblioteca. Buscó pacientemente entre los libros, sin importarle perder algo de tiempo, pues sabía que la hemorragia importante no sobrevendría ahora, sino más tarde, cuando arrancase la flecha de la carne. El mismo astil servía de tapón y contenía en buena parte el derramamiento de sangre.

Estuvo mirando el libro elegido hasta que halló el pasaje necesario. Después, conocedora de la nave hasta sus más íntimos rincones, buscó un lugar, cuya puerta era de un nítido color blanco, con una cruz roja de buen tamaño en el centro y en la parte superior.

Entró en la enfermería de la nave, saliendo cargada a poco con un gran paquete. Después volvió junto a su hermano, quien tenía los ojos cerrados.

Puso la mano sobre el pecho de Beldan. El corazón latía regularmente, aunque con cierta debilidad en su ritmo. La sangre había manado en buena cantidad, pese a la flecha todavía hincada

en la carne, y ello se notaba a la fuerza.

Rovinia empezó a trabajar rápida y activamente. Sacó un tubo de unos cinco centímetros de grueso por veinte de largo, terminado en una boca plana, de unos tres centímetros de anchura. Lo puso a mano y, acto seguido, agarró la flecha con decisión.

—Baldan —llamó, sin recibir ninguna respuesta—. Mejor que se haya desmayado —agregó para sí. Y tiró de la flecha, arrancándola de golpe. Un chorro de sangre brotó al instante de la herida. Instintivamente, Rovinia dejó que la sangre corriera unos instantes; sabía que ello era conveniente, para evitar una posible infección. A continuación, destapó el tubo y apretó el extremo inferior.

Una especie de pasta amarillenta, completamente transparente, brotó de la boca del tubo. Rovinia extendió la pasta sobre el hombro, procurando cubrir con ella la herida.

El efecto resultó instantáneo. La sangre cesó de manar en el acto. Beldan se agitó unos instantes, murmuró algo ininteligible y continuó durmiendo.

Luego Rovinia limpió la sangre con algodón. Según las instrucciones, no hacía falta vendaje; la celulina cortaba la hemorragia, detenía la infección y cubría la herida perfectamente, al par que restauraba los tejidos destruidos.

Pero era preciso reponer la sangre perdida. Jamás se había visto la muchacha en un trance semejante. No obstante, el libro traía algo de lo que era preciso hacer en casos similares.

La noche cayó antes de que terminara la tarea. Rovinia sabía cómo hacer luz. Pulsó un interruptor y la cámara se inundó con un blanco resplandor que no hería a la vista.

Le costó mucho trabajo y casi toda la noche en leer las instrucciones precisas, así como montar el transfusor de plasma. Cerca de las cinco de la mañana, la aguja inyectora estaba conectada al brazo de Beldan.

Rovinia se sentía agotada y hambrienta, mas no por ello cejó en sus esfuerzos. Permaneció junto al lecho de su hermano, hasta que Beldan, a cuyo rostro había acudido una ligera parte del color perdido, abrió los ojos.

—¡Chistt!... ¡No te muevas en absoluto! —recomendó ella—. ¿Cómo te sientes?

Beldan miró con verdadera y natural sorpresa en torno a él.

—Mucho mejor —dijo—. Pero ¿qué es esto?

—Algo que te está devolviendo la sangre perdida. No te muevas, por lo que más quieras.

—De acuerdo —dijo el chico—. Oye, ¿sabes que no me duele la herida en absoluto?

—La medicina que te puse cura el dolor, a la vez que corta la salida de sangre —sonrió ella—. La gente que construyó y equipó esta nave poseía unos grandísimos conocimientos en todos los órdenes de la vida.

Beldan miró la botella de cristal desde la cual manaba gota a gota el plasma que reponía en sus venas el líquido perdido.

—Pues tú no eres menos sabia que ellos —dijo. Y de repente, su rostro adquirió una expresión consternada—. ¡Rovinia, va a nacer un nuevo día! ¡Nos echarán en falta!

—Ya lo sé —contestó ella sosegadamente—. Pero no podemos hacer nada por evitarlo. Antes que cualquier otra cosa, lo primero es tu curación. Después... ya veremos lo que sucede.

Beldan se mordió los labios.

—Nos darán el castigo del agua y la comida —dijo.

—¿Por qué? ¿Hemos cometido algún hecho delictivo? Al contrario, cuando nos vean regresar dentro de dos o tres semanas, se alegrarán de encontrarnos de nuevo. Repito que no debes preocuparte, Beldan. Y ahora voy a buscar comida —le guiñó un ojo alegremente—. ¿Sabes? En esta nave hay comida para cien hombres durante mil días al menos.

Para Rovinia el tiempo pasó rápidamente. Casi tres semanas duró la curación de su hermano y la mayor parte del tiempo se lo pasó la muchacha en la biblioteca, devorando ávidamente los volúmenes que su instinto le decía eran más fructuosos para hacer desaparecer su ignorancia. Finalmente y no sin bastante dolor, llegó el día en que Beldan se encontró lo suficientemente fuerte para emprender la marcha.

Como había predicho el muchacho, en contraposición a los optimistas pronósticos de Rovinia, el recibimiento que se les hizo fue sumamente hostil.

La voz de Urlo, el jefe y guía del Pueblo Muriente se dejó oír sonoramente por las gradas del anfiteatro donde los componentes de la tribu solían reunirse periódicamente para resolver asuntos de

cierta gravedad que exigían el conocimiento y el consentimiento de todos.

—Habitantes del Pueblo Muriente —clamó—. Henos aquí reunidos para juzgar a una rebelde que ha transgredido las leyes centenarias de nuestra entidad. Hela ahí, en pie, desafiándonos todavía con la mirada y el gesto, blasfemando con su actitud, retándonos con su impúdica postura, orgullosa de sí misma y de su voluntario quebrantamiento de las reglas.

»Está prohibido salir de los límites del Bosque Muerto. Ella lo ha hecho, no una vez sino varias, muchas, quizás un ciento. Está prohibido turbar las mentes de los jóvenes con falsas promesas o palabras tendenciosas; ella lo ha hecho. Pero todavía hay más.

»Arrastró a un joven, todavía un niño, a una loca aventura. Ella estuvo a punto de perder la vida y su hermano resultó gravemente herido. ¿Por qué? Porque entraron en un lugar maligno, diabólico: el navío que llegó hace incontables años de las estrellas y cuya maldición pesa todavía sobre aquel lugar. Todos estos hechos cometidos por la joven llamada Rovinia, hija de Jados y Dessa, son pecados nefandos, que exigen un castigo inmediato. Os he reunido aquí para que oigáis el castigo que se impone a la acusada, quien, por cierto, no ha osado siquiera negar una sola de las acusaciones de que se le imputan.

Urlo hizo una pausa, con el fin de acentuar el énfasis dramático de sus palabras.

—Pueblo Muriente —tronó—, en nombre de todos vosotros, en nombre del consejo que presido, en nombre de nuestras leyes seculares, eternas y perfectas, yo impongo a la acusada el castigo del agua y la comida. He dicho.

Un profundo silencio siguió a las palabras del conductor del Pueblo Muriente. Mientras en los gestos de los dos o tres millares de personas que componían la tribu se reflejaba el más espantoso horror y desprecio hacia la condenada, Rovinia sonreía levemente.

Levantó la mano izquierda.

—Urlo —dijo—. Acepto el castigo. Según las leyes, me lo he merecido. Pero antes de dar comienzo al mismo, deseo hablar. Tengo derecho a ello, las reglas me lo conceden.

Urlo fijó en ella sus ojos y exclamó:

—¡Habla!

—El castigo del agua y la comida supone la muerte… para cualquiera que no sepa lo que yo sé; que se puede ir al otro lado del Bosque Muerto y sobrevivir. El hecho de que mi hermano y yo hemos vuelto sanos y salvos después de tres semanas de ausencia, no hace sino confirmar mis palabras.

»Yo no moriré. Volveré, sí, volveré un día, y entonces haré algo grande, algo como no os podéis imaginar tan siquiera, algo que hará que la vida de nuestro Pueblo se transforme totalmente, haciendo que en lo sucesivo se llame Pueblo Triunfante.

Urlo sonrió irónicamente.

—Y ¿cómo piensas lograrlo, Rovinia?

Ella le miró rectamente, sin odio, pero con desprecio.

—Todavía no lo sé, aunque sí puedo explicar en líneas generales que el agua del Manantial de la Vida, que ahora se desaprovecha miserablemente, correrá libre y sin trabas por la tierra, fecundándola para que el Bosque Muerto vuelva a revivir. Sí, el agua regará la tierra ahora seca y árida, convirtiendo en vergeles de frondosa vegetación lo que ahora son terrenos estériles e improductivos. Entonces y sólo entonces es cuando el Pueblo Muriente podrá llamarse de modo auténtico Triunfante.

Urlo se tapó el rostro con el manto para no ver la presencia de Rovinia.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia! —aulló, y el pueblo le contestó a coro de idéntica manera.

Dessa quiso correr hacia su hija, pero la mano de su esposo le detuvo el ademán. Los ojos de la mujer se arrasaron en lágrimas.

—Rovinia —murmuró.

—Madre —dijo ella serenamente—, no temas. Volveré. Recuerda que te lo dije hace mucho tiempo. Volveré. Y el Manantial de la Vida será exactamente lo que su nombre debe indicar. Nuestro pueblo volverá a vivir de veras.

—¡Basta! —clamó Urlo—. Rovinia, ¿tienes algo que añadir a lo que has hablado?

—No. Ya está dicho todo, Urlo. Estoy dispuesta a sufrir el castigo cuando quieras.

Urlo agitó la mano derecha. Un hombre se acercó a la muchacha, entregándole una pequeña vasija de barro con agua y una bolita conteniendo la ración de comida de dos días.

—Toma, Rovinia, y que el Gran Manantial te sea propicio.

—Gracias, Eldor.

La muchacha se colgó al hombro ambos objetos. Después avanzó unos pasos hacia sus padres. Tomó sus manos.

—No temáis ni lloréis por mí. Volveré, os lo aseguro.

—Rovinia —gimió la madre—. Tus locas ideas...

—Mis ideas son las de hacer revivir la vida en mi pueblo; eso es todo, madre —contestó serenamente la muchacha.

Volvió los ojos hacia su progenitor.

—Cuida de tu esposa, padre. Y de Beldan. Él es joven y el castigo que le han impuesto es leve. Pronto pasará. Tened confianza en mí, os lo ruego.

Una chispa de comprensión brotó de los ojos de Jados.

—No sé por qué —dijo lentamente—, pero me parece que tú vas a trastocar por completo las costumbres de nuestro pueblo. Si ha de ser para el bien de todos, te deseo mucha suerte, hija.

—Gracias, padre. Madre, adiós.

Dessa no contestó; la pena le impedía hablar siquiera.

Dos hombres avanzaron hacia la muchacha.

—Debemos acompañarte, Rovinia —dijo uno de ellos.

—Sé ir sola —exclamó ella altivamente. Y dio media vuelta.

Salió del anfiteatro y caminó por el barranco abajo, en dirección a una de las cuevas. Quería despedirse de Xiklos.

El ciego la oyó llegar.

—¡Rovinia!

—¡Abuelo Xiklos! —exclamó ella, corriendo hacia el anciano.

Lo abrazó estrechamente, ocultando su rostro en el hombro del anciano durante unos momentos.

—Te han expulsado, ¿verdad? —dijo el ciego.

—Sí.

Pese a su fortaleza, Rovinia debía hacer verdaderos esfuerzos para no prorrumpir en llanto. No sentía la expulsión, sino la separación de sus seres más queridos.

—Me imagino a dónde piensas dirigirte, querida niña —sonrió Xiklos.

—Es el único lugar donde puedo sobrevivir, abuelo Xiklos —contestó ella.

El ciego agarró su báculo repentinamente.

—Sí, lo sé. Allí puede sobrevivir una persona durante años y más años. Cien hubieran podido vivir mil días, conque dos… La proporción sería de cincuenta mil días; pero no será necesario que esperemos tanto; antes de ese tiempo, habremos conseguido lo que deseas.

Rovinia miró al anciano con infinita y agradable sorpresa.

—¡Cómo! ¿Vienes conmigo, abuelo Xiklos?

—¡Claro que sí, hijita! Necesitarás ayuda y, si tú tienes manos y ojos, yo tengo una mente prodigiosa que recuerda todas las cosas aunque hayan pasado más de cien años desde que…

Xiklos se interrumpió de pronto.

Mientras el ciego sonreía enigmáticamente, Rovinia le contempló con gesto estupefacto.

Apenas si pudo balbucear unas cuantas palabras que le salieron en forma casi incoherente de los labios.

—Entonces… Xiklos… tú… eres el único superviviente de la nave de las estrellas.

CAPITULO V

Sí, hijita, yo soy el único superviviente. Todavía no he podido explicarme por qué murió el resto de mis compañeros, salvándome yo únicamente. Quizá fue un germen misterioso adquirido en alguno de los numerosos planetas que exploramos y que respetó mi organismo de modo que todavía no he conseguido explicarme.

Xiklos hizo una pausa para buscar con sus manos el tenedor. Rovinia se lo entregó y el ciego continuó su narración.

—Dicen que el tiempo transcurre en el espacio de forma diferente. Mientras aquí pasan mil días, por ejemplo, en el espacio sólo transcurren cien o menos. No lo sé; yo era uno de los tipos menos cultos de la nave, un simple radarista... ¿sabes lo que es eso? Ya te lo explicaré, querida, más adelante. El capitán sí que sabía muchas cosas acerca de la distorsión del campo espaciotemporal y demás zarandajas que a mí me sonaron siempre a chino. Yo, con tener mis aparatos de comunicaciones a punto, me conformaba y no me preocupaba de más.

»Bastante hice con tomar tierra del modo mejor posible, querida Rovinia. Y cuando llegué al planeta, me encontré con dos catástrofes: una su arrasamiento total y otra que habían transcurrido casi doscientos años desde nuestra partida. Nosotros

habíamos estado en el espacio menos de veinte años —fue una larga expedición, desde luego— pero cuando regresé me encontré con que ya habían pasado dos siglos. Y por lo que pude deducir, la catástrofe ocurrió a poco de zarpar.

»Así me encontré con estos pocos supervivientes que habían perdido toda noción de cultura, aislados, sin medios apenas de sobrevivir, sujetos a unas leyes absurdas y estúpidas, creadas por alguna mente delirante y llena de extrañas obsesiones.

»Quise luchar contra ellos, pero me fue imposible. Y no era un ingeniero espacial, de modo que no pude volver a reparar la nave. De lo contrario, me hubiese largado de nuevo a las estrellas. Conocía muchos planetas habitados, donde tenía gran cantidad de buenos amigos… y amigas también —dijo Xiklos socarronamente—. ¡Qué tiempos aquellos, Rovinia! Joven, fuerte, rebosante de energías… y con dinero en el bolsillo. Me creía el amo del mundo… y mira dónde vine a parar.

—¿Qué es dinero, abuelo Xiklos? —preguntó ella curiosamente.

—Unos trocitos de papel o de metal que servían para el pago de las mercancías que se compraban. Pero ya lo irás aprendiendo todo poco a poco, muchacha. Ahora, que ya hemos terminado de comer, continuemos con nuestra lección.

—Sí, abuelo Xiklos. —Rovinia empezó a recoger los cacharros de la comida y a amontonarlos en el fregadero de la nave—. Me gustaría saber cómo produce este aparato el agua necesaria. Es algo que no acabo de explicarme.

—El agua se compone de dos elementos: hidrógeno y oxígeno, ambos existentes en el suelo. Cuando aterricé aquí, conecté la bomba que extrae ambos elementos de la tierra. Los motores secundarios son prácticamente inagotables y pueden funcionar aún durante siglos. Uno de ellos es el que produce el agua cuando se necesita.

Rovinia asintió pensativamente. ¡Si ella pudiera construir un día un motor semejante, pero de gigantescas proporciones!

—En cambio —añadió Xiklos—, no pude hacer funcionar los motores propulsores. Ignoro la avería; eso es cuestión para un ingeniero especializado. Los otros… bueno, son mucho más sencillos de manejar y todos los tripulantes, más o menos, sabíamos cómo hacerlos funcionar.

—Abuelo Xiklos, ¿es cierto que hay planetas con grandes bosques siempre verdes e inmensos océanos azules? —preguntó la muchacha.

—¡Ya lo creo! Las nubes, muy blancas, corren por el cielo. A veces se vuelven negras y derraman agua en gran cantidad, es lo que se llama lluvia. Y en invierno la lluvia se hiela y forma la nieve. Es maravilloso, te lo aseguro.

Rovinia suspiró.

—¡Cuánto me gustaría ver llover y nevar! Aquí nunca se ha visto tan raro fenómeno.

—A veces resulta muy enojoso, chiquilla. De todas formas, antes de morir, me gustaría situarme al menos una vez bajo la lluvia. En ocasiones, es tan hermoso verla caer mansamente, oír su suave rumor, ver cómo se forman menudos arroyuelos en el suelo, escuchar el leve chasquido de millones de gotas… Pero olvidémoslo, eso no se dará aquí jamás.

Los ojos de Rovinia centellearon de pronto.

—Un día lloverá, abuelo Xiklos, te lo aseguro.

El ciego rió cascadamente.

—Que el Gran Manantial premie tu fe como te mereces, muchacha. Y ahora ¿qué lección toca?

Rovinia se secó las manos y tomó un pesado librote.

Tomó asiento frente al anciano y abrió el libro. En la tapa del mismo podía leerse un título altamente sugeridor:

TRATADO DE BOTÁNICA

Pasaron los días, las semanas y los meses, y se aproximaba el tiempo en que se cumpliría el año del destierro de la muchacha.

Durante este lapso, los conocimientos de Rovinia habían crecido en proporciones meteóricas. La ayuda del anciano había resultado inapreciable para la muchacha, en cuyo cerebro virgen penetraban rápida y eficientemente las enseñanzas de los libros de la biblioteca de la nave.

También había una completísima filmoteca en estéreo. Xiklos la ayudó a manejar el proyector convenientemente y de este modo Rovinia pudo conocer cómo era el planeta antes del cataclismo y cómo eran y vivían las gentes que lo poblaban en tiempos remotos.

Asimismo conoció toda clase de animales y supo de la misma forma cómo eran las gentes y las ciudades de otros planetas.

Pero la obsesión de la muchacha radicaba en una cosa: hacer que el Manantial de la Vida extendiese su benéfica influencia por toda la superficie del globo. Entonces verdes florestas surgirían en los secarrales y el modo de vivir cambiaría radicalmente. Faltarían los animales, pero Rovinia confiaba en que un día llegaría una nave con la cual realizar un intercambio beneficioso para su mundo. Xiklos lo había pronosticado así y Xiklos no era persona que se equivocase fácilmente.

Cuando apenas faltaba unos días para que se cumpliese el año de destierro, sonó de modo inesperado la alarma de la nave.

Enseñada por Xiklos, Rovinia había aprendido el modo de hacer funcionar la compuerta de acceso a la misma. Desde su llegada al aparato no habían salido del mismo, encerrados voluntariamente en aquella cárcel de metal. No les faltaba de nada y, en cambio, afuera faltaba todo, excepto el sol. Xiklos conocía bien las desventajas que podía ofrecer para una vida joven la falta de los rayos vivificantes del sol y por ello obligaba a la muchacha a una sesión mínima de media hora diaria de exposición, cosa que solían hacer en una de las cámaras altas de la nave, donde antiguamente estuvo situado uno de los miradores de observación. La cámara estaba dotada de grandes vidrieras que permitían el paso de los rayos del sol y a veces no eran treinta minutos, sino muchos más los que permanecían allí, gozando de aquel confortador beneficio.

El claxon conectado al detector de rayos infrarrojos sonó de pronto con estridentes chirridos. Rovinia levantó la vista del tratado de física que estaba leyendo y miró al anciano.

—Xiklos —murmuró—, viene alguien.

Más o menos subconsciente, había estado esperando aquel momento. Si Rovinia había tenido ya un encuentro con los hombres del Pueblo Renacido y dos de ellos habían sobrevivido, era de esperar que un día u otro volviesen a la carga.

—Sí —contestó el anciano reposadamente—. Una persona se acerca. O varias, el detector no miente.

Rovinia se puso en pie, dejando el libro a un lado. Se acercó a la ventana, y miró a través del transparente vidrio.

—No veo a nadie —comentó.

—En la sala de mandos tienes unas pantallas que cubren todo el campo visual. Desde allí podrás observar a los que se acercan. Y no temas, mientras no acciones desde la cámara el mando de apertura de la compuerta, nadie podrá entrar en la nave, tenlo bien presente.

—Sí, abuelo Xiklos. Espérame aquí; te comunicaré por los altavoces lo que haya.

Ligera como una pluma, la muchacha corrió por los puentes y pasillos de la nave, descendiendo varios pisos antes de llegar a la cámara de mando, situada en el corazón del aparato. Xiklos le había enseñado a manejar los instrumentos y controles de tal modo, que Rovinia hubiera podido pilotar el navío sin la menor dificultad.

—Pilotar una nave es relativamente sencillo —decía el anciano en más de una ocasión—. Lo difícil es reparar ese maldito propulsor. Si lo consiguiéramos...

Los dedos de la muchacha volaron ágilmente por el cuadro de mandos. Varias pantallas se iluminaron instantáneamente.

Rovinia hizo girar los periscopios externos, buscando con los ojos artificiales a la persona o personas que se acercaban a la nave. Mientras tanto, había establecido comunicación con el ciego.

De pronto lanzó un grito de júbilo.

—¡Es Beldan, abuelo Xiklos! ¡Voy a recibirlo!

En su alegría, se olvidó de abrir la compuerta. Tuvo que retroceder y manejar el control de apertura, emprendiendo acto seguido una loca carrera hacia la salida.

Unos momentos después, Rovinia y Beldan se confundían en un apretado abrazo.

—Hermano mío —dijo, ebria de alegría. Se separó de él, mirándolo de arriba a abajo con singular satisfacción—. Pero ¡si estás hecho todo un hombre!

—He crecido, simplemente. Y tú estás más guapa todavía, Rovinia. ¿Qué hace el simpático abuelo Xiklos?

—Está muy bien. Me ha enseñado muchas cosas y... Pero vamos, ven arriba; tenemos que hablar mucho, mucho.

Cogida del brazo de su hermano, la muchacha emprendió la ascensión hacia la cámara donde se hallaba Xiklos, el cual acogió con gran efusión la llegada del muchacho.

Rovinia le preparó un refrigerio que Beldan despachó con gran avidez. Una vez que el chico hubo terminado de hablar, ella le miró

inquisitivamente.

—Ya sé lo que esperas de mí, hermana —sonrió Beldan—. Que te cuente por qué estoy aquí, ¿no es eso?

La joven asintió sonriendo.

—Muy bien —dijo Beldan—, en realidad, hay poco que contar. O mucho, según se mire. En primer lugar, te diré que tuve que cumplir seis meses de castigo de soledad por quebrantar las reglas y atravesar los límites del Bosque Muerto. Al cumplir los seis meses, hube de dedicar otros seis a servir. Esto no me importó; lo que más daño me hizo fue que tuviera que servir a Urlo y a los granujas que pululan en torno a él. Se creían que yo era una cosa propiedad de ellos y me trataban en consecuencia.

»Hace unos días, tuve la gran trifulca con Urlo. Quiso levantarme la mano, pero le miré de una manera que se lo pensó mejor y desistió de pegarme. No sé lo que hubiera hecho si me hubiese tocado tan solo el cabello. En vista de que físicamente no podía hacerme nada, reunió al consejo y denunció mi insubordinación. Acordaron imponerme un año más de servidumbre.

»Esto colmó ya la medida, hermana. Conque, después de habérselo dicho a los padres, anoche di media vuelta y me largué. He pasado la noche entera en el bosque, escondido, por si me buscaban, ya que, además, no quería extraviarme, y en cuanto se hizo de día, me vine hacia aquí. Me costó algo más porque no recordaba bien el camino, pero una vez hube pasado al otro lado del bosque, fue fácil.

Rovinia quedó unos momentos pensativa.

—¿Y nuestros padres? —preguntó al cabo.

—Había hablado muchas veces con ellos de lo que hicimos aquí cuando me hirieron aquellos salvajes. Al fin se convencieron de que tú no habías perecido de hambre y de sed en el desierto. Xiklos no te hubiese acompañado si fuera así, ¿no es cierto? Entonces me dejaron ir, cuando les dije que no estaba dispuesto a soportar otro año más de castigo injustificado. ¿Por qué no me pusieron a servir a cualquier otra familia, en lugar de a ellos mismos? Rovinia, se les vio demasiado sus intenciones. Ese Urlo es un vivo que aprovecha el cargo para su lucro personal y lo demás le trae sin cuidado. Mantiene a todo el pueblo prisionero de unas leyes absurdas y eso

es lo que le vale. De lo contrario, en diez minutos iba a recibir más puntapiés en el trasero que gotas de agua salen del Manantial de la Vida en un minuto.

Rovinia rió alegremente al escuchar la festiva comparación de su hermano. Luego preguntó:

—Entonces, nuestros padres saben que estoy viva.

—¡Claro que sí! Han llegado a convencerse de ello, pero no se atreven todavía a venir a reunirse con nosotros.

—Son mayores —dijo Xiklos sentenciosamente— y pesan sobre ellos largos años de prejuicios. Yo creo —añadió—, que si fueses tú a hablarles, acabarías trayéndoles a la nave.

—Ahora no lo pasarán muy bien que digamos —manifestó Beldan—. Urlo y su cuadrilla empezaban a hacerles el vacío, diciendo que eran los progenitores de una blasfema, dadores de la vida a una traidora al Pueblo Muriente y mil sandeces más. Si ya decían eso antes de mi marcha, imagínate qué será de ellos a partir de este momento.

Rovinia se puso en pie, con los ojos llameantes de indignación.

—¡Hemos de convencerles de que se vengan con nosotros, sea como sea! —exclamó.

—A mí me gustaría traérmelos —concordó Beldan—. Lo que sucede es que ellos están demasiado arraigados a su forma de vivir para romper los lazos que aún les unen al Pueblo Muriente. Será difícil convencerles, hermanita.

Rovinia miró al anciano, como pidiéndole consejo.

—¿Qué me dices tú, abuelo Xiklos? ¿Qué podría hacer para convencerles?

El ciego se acarició la flotante barba durante unos segundos.

—Depende en gran parte, de tu poder personal de persuasión, muchacha. No obstante, convendría que, cuando fueses a verlos, llevases algo que pudiera influenciarles de modo táctil y visual. Aquí hay ropas en abundancia; son tejidos eternos. Lleva también algunas latas de alimentos, dulces y frutas en conserva, por ejemplo. Y no te olvides de llevar una pistola solar; un arma siempre es muy útil en una expedición semejante.

Beldan asió el brazo de su hermana.

—Rovinia, si tú quieres, yo te acompañaré. En el cuarto de las armas hay más pistolas. Llevaré una yo también... ¡y pobre de Urlo

si trata de cerrarme el paso!

—De acuerdo —dijo la muchacha—. Rescataremos a nuestros padres. Pero tú debes descansar ahora; no podremos salir hasta la noche, con el fin de llegar allí con la oscuridad y partir de la misma forma. Entonces...

Estaba escrito que aquel día iba a ser una fuente continua de sorpresas. Súbitamente, un extraño sonido interrumpió las palabras de la muchacha.

Era un «¡nang, nang!» repetido con ritmo regular, de agradables tonos, cuyas notas se extendían por todos los ámbitos de la nave. El cuerpo de Xiklos se envaró repentinamente.

—¡Rovinia, Beldan! —Sus ojos sin vida miraron hacia lo alto—. ¡Una nave se acerca!

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VI

El capitán Kipp Johnson se sentía bastante mal, todo lo mal que puede sentirse una persona que ha recibido una bala que le ha atravesado el vértice superior del pulmón izquierdo.

Kipp Johnson era joven, apenas si había rebasado los treinta años, y durante dieciséis se había dedicado al comercio interestelar. Había trabajado duramente hasta lograr el capital suficiente para adquirir una nave propia.

Esto había sucedido a los veintiocho años. Durante dos y medio, Kipp había rodado por buena parte de la Galaxia, comprando y vendiendo con una fortuna excelente, basada sobre todo en la bondad de sus artículos, la moderación de sus precios y, sobre todo, la rígida seriedad que había presidido siempre sus actos.

La cosa había terminado de un modo tanto brusco.

El segundo y varios tripulantes de su nave, envidiosos de su buena fortuna, habían organizado un motín para apoderarse de la nave y de su cargamento.

El combate se había decantado a favor de Kipp, el cual hacía ya varios días venía oliéndose la tostada, como se dice vulgarmente. Pudo reprimir el motín, ayudado por dos o tres tripulantes —no todos habían resultado ser unos traidores— pero el resultado había sido catastrófico: una serie de muertes que le habían dejado solo a bordo de la nave con un balazo en el pecho. «Y contento puedo

darme —murmuraba—, de que esos bigardos usaran solamente pistolas de combustión química; de no haber tenido yo guardadas bajo llave las solares, a estas horas estaría convertido en polvo».

Kipp sabía que su herida curaría, aunque el proceso sería lento y fastidioso, ya que tenía que guardar cama y reposo absoluto. Pero mientras tanto, la nave corría el riesgo de estrellarse contra cualquier planeta que les saliese al paso, si…

No era del todo exacto que Kipp Johnson estuviese solo a bordo de la nave. Quedaba una persona más, una persona salvada, como él, de modo poco menos que milagroso, su hermana Linda.

Hasta aquel viaje que había tenido final tan trágico, Linda Johnson había vivido con la madre de ambos. Pero al morir ésta, Kipp había decidido llevársela consigo, ya que en su órbita tenía señalada una detención en Sirio XIV, donde los Johnson tenían unos parientes lejanos, al cuidado de los cuales pensaba dejar a Linda. La edad de Linda bordeaba los catorce años y no podía permitir que mientras él viajaba constantemente por el espacio en su profesión de comerciante interestelar, quedase la muchacha abandonada de cualquier forma.

Kipp se quejaba de su mala suerte. Había ido a producirse el motín en el momento menos oportuno. Pero ya no podía hacerse nada para remediar las cosas, excepto afrontar el porvenir con firmeza. Y tratar de rehacer lo deshecho una vez hubiese curado por completo. Buscar una nueva tripulación y…

Linda entró en aquellos momentos con una bandeja en la cual se veía un humeante tazón. Era una muchacha espigada, en la cual se apuntaban ya las formas físicas que un par de años más tarde la convertirían en una espléndida mujer, de largos cabellos castaños y rientes ojos azules. Se había mostrado bastante serena después de la batalla y, habiéndose salvado su hermano, se sentía satisfecha y no la asustaba demasiado el porvenir.

—Te hice un tazón de caldo, Kipp —dijo—. Creo que te sentará bien y… ¡No, no te muevas! Yo te lo iré dando poco a poco.

La chica se sentó al borde de la litera donde yacía su hermano y empezó a darle el caldo a cucharadas. Cuando ya estaba a mitad, soltó la noticia.

—¿Sabes, Kipp? Estamos acercándonos a un planeta.

El joven la miró con infinita sorpresa.

—¿Un planeta? ¡Pero si no hay ninguno por estos alrededores! —exclamó.

—Querido, olvidas que estuviste tres días completamente inconsciente, más una semana en que apenas si podías mover las pestañas. En este tiempo, la nave recorrió en el subespacio una enorme cantidad de espaciotiempo. Y, de pronto, automáticamente, como cada vez que se encuentra a un día luz de un sistema estelar, salió al espacio normal. No hay un planeta solo, sino un montón de ellos; no los he podido contar tan siquiera.

—Vaya —murmuró Kipp absorto—, ése sí que es un notición. ¿Has examinado el planeta?

—No, ya sabes que no sé manejar los instrumentos si tú no me guías desde el lecho. Lo único que sé es que el combustible fisible se ha agotado y que sólo nos queda el combustible químico justo para aterrizar. Los contadores son legibles hasta para un niño de dos años y he podido percatarme de ello con toda claridad.

Kipp se mordió los labios, muy pensativo. Le encantaba la serenidad de que hacía gala la muchacha, pero, al mismo tiempo, se sentía enormemente preocupado.

Sí, debía haber repuesto combustible fisible en Sirio XIV, pero había estallado el motín y había permanecido tres días sin sentido después del combate. En ese lapso de tiempo, debían de haber rebasado el área del sistema adonde se dirigían; con toda seguridad, habían pasado a más de un día luz de distancia del mismo, ya que, de lo contrario, la nave habría surgido por sí sola del subespacio. Y luego habían continuado volando hasta pasar en las cercanías del otro sistema, cuya influencia gravitatoria común de todos sus planetas había accionado los mandos automáticos de surgimiento al espacio normal.

—¿Te has fijado en el indicador de distancias, Linda? —preguntó al cabo de un buen rato de meditación.

—Sí. A la marcha que llevamos, nos quedan menos de dos horas para tocar la superficie de ese planeta. ¿Qué hacemos?

Kipp volvió a pensar durante unos momentos.

—Escucha, vamos a establecer conexión audiovisual de la cámara de mando con la mía. De este modo, tú manejarás los controles según mis indicaciones. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —sonrió Linda—. Pero antes, termina de tomarte

el caldo. Está riquísimo y no quiero que desperdicies ni una sola gota.

Una hora más tarde, Kipp tenía ante sí una pantalla visora, conectada con el cuadro de mandos, ante el cual se hallaba sentada la muchacha. Kipp dio una orden, al mismo tiempo que indicaba el instrumento correspondiente y en el acto apareció la imagen de un indicador en la pantalla.

Kipp se quedó helado al leer las indicaciones del analizador geológico. Iban a aterrizar en un planeta árido y desierto, sin el menor rastro de agua. ¿Qué iba a ser de ellos en aquel mundo muerto? ¿Morirían de hambre y sed cuando se hubiesen agotado las provisiones de la nave?

Pero no podían hacer otra cosa que aterrizar en aquel planeta. Les resultaba de todo punto imposible continuar por el espacio a una velocidad sublumínica. Podían pasar años y años antes de que llegasen a otro planeta habitado... si lo encontraban, en cuyo caso, morirían de hambre y sed dentro de la nave. En cambio, aterrizando en aquél tenían, aunque mínima, una posibilidad de salvarse.

Desde su lecho guió la maniobra de aterrizaje, estremeciéndose al ver el rápido descenso de los contadores de combustible químico. Quemando el combustible, quemaban sus naves. Ya no podrían salir nunca más de aquel planeta... pero no habían tenido otra opción.

La nave tocó tierra por fin. Fue preciso esperar un buen rato a que se disipase el polvo y el humo levantados por la columna de gases incandescentes que habían frenado el descenso del aparato. Y cuando al fin se hubo hecho la claridad en torno al mismo, sonó un grito.

—¡Kipp! ¡Hay gente! ¡Este planeta está habitado!

* * *

Rovinia condujo a Xiklos y a su hermano hasta la puerta de la nave.

—Vosotros esperad aquí —dijo—. Yo iré a recibir a los recién llegados. Recuerda bien mis instrucciones, Beldan; si ves algo sospechoso, dispara sin vacilar.

—Y tú ten también mucho cuidado —dijo el muchacho.

Rovinia asintió. Saltó ágilmente al suelo y caminó hacia la nave

que seguía todavía envuelta en una espesísima capa de humo y polvo, a unos dos mil pasos de distancia.

Mientras caminaba, sentía que el corazón le latía aceleradamente. Recordó la profecía del anciano. «Un día, envuelta en llamas y humo, llegará una nave... Un hombre de los que viajan en ella se enamorará de ti...»

¿Se cumplirían los augurios del viejo? Hubo de esperar un buen rato antes de que el casco de la nave surgiese ante sus ojos, recto como huso, apuntando con su afilada proa al cielo. Por los conocimientos adquiridos, Rovinia supo que se trataba de una nave «todo-espacio»: apta para volar lo mismo por la atmósfera de un planeta, como por el espacio o el subespacio. Y cuando había realizado un aterrizaje tan magistralmente logrado, era que había en su interior seres inteligentes.

Llegó al pie de la nave. Entonces, a unos treinta metros del suelo se abrió una escotilla y la figura de una muchacha apareció en la abertura, al mismo tiempo que desplegaba una escalera de peldaños metálicos.

Rovinia emprendió la ascensión sin vacilar. Al llegar arriba, se enfrentó con la muchacha, comprobando con sorpresa que era apenas más que una niña.

—Me llamo Rovinia —dijo.

—Yo, Linda —contestó la chica—. Si no abrigas intenciones hostiles hacia nosotros, sé bienvenida, Rovinia.

—No te deseo ningún mal, Linda, ni a ti ni a los tuyos. ¿Eres tú la que ha guiado esta nave espacial hasta aquí?

Rovinia procuró ocultar la decepción que sentía. ¿Acaso viajaban sólo mujeres en el aparato?

—Con la ayuda de mi hermano. Está herido. Hubo una pelea en la nave y... ¿No quieres venir a verlo?

—¿Tienes un hermano? —exclamó Rovinia, muy asombrada.

—Sí. Se llama Kipp. Recibió un balazo y quedó muy malherido, pero ya está en vías de curación. ¿Tú vives en este planeta?

—Sí. Pertenezco al Pueblo Muriente. Pero ya te explicaré luego más cosas. Llévame a presencia de tu hermano.

Linda asintió. Dando media vuelta, emprendió el camino, guiando a Rovinia.

—¿Eres tú la jefe de ese llamado Pueblo Muriente? —preguntó.

—No, al contrario —rió Rovinia—. En realidad, debiera haber dicho que pertenecía. Me expulsaron de él.

—¿Por qué?

—Es largo de contar, linda. ¿Pensáis quedaros en este planeta?

—Sí, desde luego. El combustible se nos ha agotado.

—¡Oh!

La exclamación brotó de los labios de Rovinia de modo maquinal, indicando claramente la decepción que le habían causado las palabras de Linda.

Ésta se volvió.

—¿Qué te sucede, Rovinia? ¿Te sabe mal nuestra llegada?

La joven sacudió negativamente la cabeza. En su interior se daba cuenta de que la profecía de Xiklos se había cumplido únicamente a medias. El hombre había llegado, pero no se la llevaría en su nave.

Trató de sonreír valerosamente.

—No me hagas caso, Linda —contestó al cabo.

Unos momentos después, las dos mujeres penetraban en la cámara donde yacía el capitán de la nave. Rovinia parpadeó al ver al joven, cuyo aspecto físico le agradó sobremanera.

Por su parte, Kipp se quedó muy sorprendido al ver a una joven tan hermosa en su cámara. Sin poder remediarlo, la miró de arriba a abajo.

Rovinia era muy alta, casi tanto como él, y de cuerpo perfectamente proporcionado. Vestía una blusa sin mangas y unos pantalones cortos, cuya somera vestimenta indicaba sobradamente el excelente clima de aquel planeta. Instintivamente, Kipp se sintió atraído hacia la muchacha.

—Rovinia, éste es mi hermano Kipp, el capitán de la nave. Kipp, te presento a Rovinia, del Pueblo Muriente.

Rovinia extendió su mano impulsivamente hacia el herido.

—Celebro conocerte, Kipp —dijo—. Y me alegraré que te cures pronto.

Los ojos de Kipp se desorbitaron.

—¡Linda, habla nuestro idioma!

—¡Caramba! —exclamó la chica—. ¡Es cierto, no me había dado cuenta hasta ahora!

Rovinia miró a ambos hermanos alternativamente, con expresión de sorpresa.

—¿Cómo es posible eso? Vosotros no sois de aquí, no habéis estado jamás antes en este planeta... y sin embargo, hablamos el mismo lenguaje.

—No lo sé —murmuró Kipp—. Quizá lleguemos a conocer las causas algún día. Entretanto, Linda, ¿por qué no cumples con tus deberes de hospitalidad?

—Sí, claro. Un momento, por favor.

Kipp extendió el brazo.

—Siéntate, Rovinia, por favor. Siento estar herido y no poder levantarme para atenderte como es debido. ¿Estás sola en este planeta?

—No. De momento estoy acompañada por mi hermano Beldan y un anciano ciego llamado Xiklos. Pero también tengo padres, aunque por ahora no están con nosotros.

Rápidamente, en pocas palabras, Rovinia explicó al herido lo que le había sucedido. Mientras hacía su narración, Linda llegó con una bandeja en la que se veían algunas pastas y una copa de vino generoso.

—Toma —dijo—, come y bebe.

Rovinia agradeció el gesto con una inclinación de cabeza. Continuó su relato, al terminar el cual, Kipp lanzó una exclamación:

—¡Esto es lo más fantástico que he oído en mi vida! Pero, ¿qué planeta es éste, Rovinia?

—No lo sé, nunca lo he sabido. Sólo sé que lo hemos llamado siempre el planeta.

—Cuando esté bueno del todo —dijo Kipp—, examinaré la carta estelar. Pero, dime, ¿por qué llevas esa pistola solar?

—La encontré en la nave que habito, junto con Xiklos y mi hermano. Está parada, no puede volar, aunque Xiklos dice que si alguien supiese reparar los motores propulsores, se remontaría de nuevo por el espacio.

Los ojos de Kipp brillaron.

—Una nave susceptible de ser reparada. —Miró a su hermana—. Linda, ¿te das cuenta de la noticia?

—Oh, Kipp, sería maravilloso que pudiéramos abandonar de nuevo este planeta y poder ir a Sirio XIV.

—¡Cómo! ¿Piensan llevarse la nave, mi nave? —exclamó, bastante enojada.

Kipp se dio cuenta de que había cometido un error y trató de enmendarlo.

—Bueno, en realidad, sólo quería decir…

Rovinia se puso en pie.

—He entendido demasiado bien lo que deseabas decir, Kipp —exclamó furiosa—. Llevaros mi nave abandonándonos aquí a nuestra suerte. Pero si creéis que voy a consentir tal cosa, estáis equivocados por completo.

—¡Un momento, Rovinia! —exclamó Linda—. Permite que se explique mi hermano. No le has dejado terminar de hablar.

—Está bien —dijo Rovinia, cruzando los brazos sobre el pecho—. Habla, Kipp, te escucho.

—Por lo que he podido deducir, el propulsor de tu nave está averiado. Creo que yo podré repararlo. Si entonces lo deseas, puedes venirte con nosotros a Sirio XIV o a cualquier otro planeta que se te antoje.

—Por ahora no deseo salir del mío, aunque sí siento vivísimos deseos de conocer otros mundos distintos a éste en que vivo desde que nací —respondió la joven con firme acento—. Y no me iré de aquí sin antes haber llevado a cabo la labor que me he propuesto ejecutar.

Kipp frunció el ceño.

—¿A qué labor te refieres, Rovinia?

La muchacha miró a través del ventanal. La imagen del suelo árido y del bosque lleno de árboles muertos se reflejó durante unos instantes en sus pupilas.

—Quiero que la vida vuelva a este planeta —dijo lentamente, con cierto énfasis en sus palabras—. Quiero que el agua corra libremente por su superficie, que haya nubes, que llueva, que nieve, que crezcan las plantas… Que, en una palabra, el Manantial de la Vida sea verdaderamente lo que indica su nombre y no una fuente que sólo sirva para vivir muriendo lentamente, día a día, mes a mes, año tras año…

CAPÍTULO VII

Las tres sombras se deslizaban sigilosamente por el barranco donde estaba la mayoría de las cuevas en donde habitaba el Pueblo Muriente.

Había transcurrido ya más de un mes desde la llegada de la nave estelar. En aquel lapso de tiempo, Kipp Johnson se había restablecido por completo, recobrando de nuevo su envidiable fortaleza física y convirtiéndose en el hombre que siempre había sido: un joven fuerte, robusto y de gallarda presencia física.

Kipp se había sentido inclinado hacia Rovinia casi en el acto. Y sabía que él no resultaba del todo indiferente a la muchacha. No obstante, prefería dejar pasar un poco el tiempo, tanto como porque no creía oportuna la ocasión, como por dejar decantar un poco más sus sentimientos y con el fin de poder obrar más adelante con pleno conocimiento de causa.

Se había enterado del problema sentimental de Rovinia. Ésta había querido partir al día siguiente para buscar a sus padres, pero Kipp la había hecho desistir del empeño con sus razonamientos. Era preferible esperar a que él estuviera repuesto por completo; de este modo, tendría una ayuda suplementaria que podría serle muy útil según la ocasión.

Y cuando Kipp hubo vuelto a su normalidad física, habían

emprendido la marcha un buen atardecer: Rovinia, él y Beldan. Los tres iban armados con sendas pistolas solares, para cargar las cuales y disponer de un remanente de cincuenta disparos por cada una era suficiente una exposición de treinta segundos al sol. Kipp hubiera preferido ir sin armas; en sus relaciones comerciales con otros nativos sabía lo funesto que resultaba presentarse armado, pero tal como Rovinia le había planteado el dilema, comprendía que no tenía otra opción.

Remontaron la leve pendiente del barranco, buscando la gruta donde vivían los padres de la muchacha. Todas las luces estaban apagadas, pero las estrellas proporcionaban una debilísima claridad que permitía a Rovinia y a Beldan, expertos conocedores del terreno, poder caminar sin la menor dificultad.

Pronto remontaron la pendiente. Rovinia se detuvo unos instantes y luego ascendió los cinco o seis escalones tallados en piedra que conducían a la entrada de la cueva buscada.

La joven apartó la cortina a un lado, dejando que entrasen Kipp y su hermano. Sólo entonces se atrevió a encender la lamparita eléctrica que llevaba consigo.

Kipp se quedó estupefacto al ver las condiciones poco menos que infrahumanas en que vivía aquella gente. Conocía muchas maneras de vivir en los numerosos planetas que había recorrido en el espacio, pero podía apostar con seguridad que ninguno era como aquél en que se hallaba. El mobiliario, si así podía llamarse, estaba reducido a la mínima expresión: una tabla llana sobre otras dos verticales servía de mesa y cuatro trozos de tronco de árbol eran los asientos. Un hoyo cavado en la roca viva guardaba el agua y tres o cuatro pequeñas oquedades hechas de la misma forma, guardaban los pocos cacharros que se utilizaban en aquel prehistórico habitáculo. Eso y los cubículos para dormir fue todo lo que el joven pudo ver en la cueva.

La muchacha apartó ligeramente la tela que cubría la entrada al cubículo donde dormían sus padres. Emitió un ligero siseo.

Jados se despertó casi en el acto.

—¿Quién está ahí? —preguntó, despertando a Dessa con la voz.

—Silencio, padre, no grites. Soy yo, Rovinia.

—¡Rovinia, hija! —exclamó Dessa, poniéndose en pie de un salto y abrazándose con feroz cariño a la muchacha.

—Madre —sollozó Rovinia, acariciando la cabeza de Dessa.

Los tres estuvieron confundidos durante unos momentos, mientras duraban las primeras efusiones, cosa lógica después de un año largo de separación. Luego, Jados reparó en que había más gente.

El matrimonio se alegró infinito de ver sano y salvo a su otro hijo. En cambio, se quedaron muy desconcertados al encontrarse ante un extraño.

—Éste es Kipp —dijo Rovinia—, y ha venido a ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿En qué, hija? —preguntó Jados.

Los ojos de la muchacha brillaron de pronto.

—Beldan me contó lo que os estaba sucediendo con Urlo y sus aduladores. Yo he venido aquí a terminar con ese estado de humillación permanente en que estáis viviendo. Si tenéis algo que recoger, hacedlo pronto, porque nos marchamos inmediatamente.

Los ojos de Dessa se abrieron desmesuradamente.

—¡Rovinia! ¿Qué estás diciendo? ¿Irnos de aquí? ¡Moriríamos si rebasáramos los límites del Bosque Muerto!

—Madre, yo estoy aquí, ¿no? Y Beldan y Kipp, también. ¿Les ha sucedido algo? ¿Crees que se puede vivir un año largo con ración de agua y comida para sólo dos días?

Los argumentos de la muchacha empezaron a hacer mella en el espíritu de su madre. Dessa, angustiada, miró a su esposo.

Jados también estaba indeciso; a fin de cuentas, eran casi cuarenta años de escuchar continuamente la misma cantinela: «No se pueden atravesar los límites del Bosque Muerto; quien lo hace, muere». Mas por otra parte, sin embargo, estaba el hecho indubitable de que Rovinia había franqueado aquella frontera y vivía, y no sólo vivía, sino que tenía mejor aspecto que nunca.

—Creo que debiéramos ir con ellos, Dessa —accedió al cabo—. Aquí sólo nos espera una vida de continuas humillaciones y desprecios. Yo ya empiezo a perder la paciencia, un día no podré contenerme y... Dessa, debemos irnos antes de que suceda algo irreparable.

La mujer suspiró.

—Está bien, me habéis vencido. —Lanzó una mirada circular en torno a ella; había vivido en la cueva veinte años y le dolía abandonar lo que durante tanto tiempo había sido su hogar. Se

apretó contra su esposo—: Aquí vinimos después de la ceremonia de la Fértil Unión, aquí nacieron nuestros hijos y aquí hemos vivido, Jados. Pero en aquella ceremonia prometí seguirte siempre. Debo cumplir mi palabra, querido.

Rovinia abrazó fuertemente a su madre.

—No tendrás que lamentarlo, te lo aseguro. Y ahora, vámonos cuanto antes. Es preciso que lleguemos al Bosque Muerto antes de que se haga de día.

La muchacha apagó la linterna y salió fuera de la cueva. Saltó al suelo y se tropezó violentamente con un individuo.

Los dos rodaron por el suelo a consecuencia del choque. Rovinia lanzó un gemido de dolor, en tanto que el otro mascullaba una gruesa imprecación.

—Mi tobillo —exclamó la muchacha, dolorida.

—¡Rovinia! —gritó su madre.

El individuo lanzó un alarido.

—¡Rovinia! ¡Tú aquí!

—Es Urlo —exclamó Beldan.

Kipp conocía la historia detalladamente. Sabía la inquina que Urlo tenía a la muchacha y sabía también todo lo que le había sucedido. El joven previó en un segundo lo que podía pasar si Urlo conseguía despertar a los habitantes de las cuevas.

—¡La blasfema! —aulló Urlo.

Repuesto de la sorpresa, había conseguido ponerse en pie. Pero no había contado con el huésped, Kipp Johnson en este caso.

El joven saltó hacia Urlo. Su puño derecho entró en contacto con el mentón del individuo. Se oyó un seco chasquido y luego el ruido sordo de un cuerpo al chocar contra el suelo.

—Rovinia —preguntó Kipp—, ¿estás bien?

—Sí... aunque me parece que me he torcido el tobillo al caer.

—Dame la linterna; miraré a ver qué te ha sucedido.

Dos o tres luces se encendieron en distintos puntos.

—No —exclamó la joven—, perderíamos demasiado tiempo. La gente empieza ya a despertarse. Es preciso que nos marchemos de aquí cuanto antes.

Trató de ponerse en pie, pero inmediatamente volvió a caer.

—Mi tobillo —gimió de nuevo.

Kipp tomó una rápida decisión. Se agachó, cogió en sus fuertes

brazos a la muchacha.

—Beldan, guíanos —dijo.

El chico obedeció en el acto, echando a correr. La gente empezaba a despertarse ante el alboroto y ya se oían los primeros gritos.

Rovinia era esbelta y poseía una figura realmente escultural, pero no era una pluma precisamente. Las fuerzas de Kipp no se podían discutir, pero lo que no habían contado era con que el joven hacía un mes escaso que había iniciado su proceso de curación. A los mil pasos, Kipp empezó a notar ciertas dificultades en la respiración.

Rovinia advirtió lo que le sucedía al joven.

—Déjame en el suelo —pidió—. Procuraré caminar por mis propios medios, Kipp.

—Ni hablar —jadeó él—. ¿Oyes?

A lo lejos se oía un confuso rumor. Era el Pueblo Muriente que, azuzado por el chasqueado Urlo, se había lanzado en pos de los fugitivos.

El clamor crecía a cada momento que pasaba. El ritmo de marcha de Kipp decrecía constantemente y era evidente que dentro de pocos minutos tendría que detenerse, completamente agotado.

Intervino Jados.

—Kipp, déjame; yo llevaré a mi hija.

—Gracias, Jados —contestó el joven, traspasándole la carga.

De nuevo pudieron ganar un poco de terreno, pero media hora más tarde, el clamor creció de nuevo. Jados se detuvo, desesperado.

—¡Nos alcanzarán! —exclamó con acento pesimista.

El nuevo día se anunciaba hacia oriente. Era apenas una debilísima claridad, pero antes de media hora habría la luz suficiente para poder ver todo en cualquier dirección.

Rovinia se estremeció. Los hombres les alcanzarían y las hondas dispararían sus mortíferos proyectiles. Morirían lapidados, sin posibilidades de defensa, en medio del desierto que había antes de llegar al Bosque Muerto.

Manteniendo en alto el miembro lisiado, se apoyó en el hombro de su madre. Con gesto resuelto sacó la pistola solar.

—No me gusta hacerlo, pero no tendré otro remedio que usarla si quiero salvarme. Y salvarnos —dijo con firme acento, dominando

el dolor que le causaba la torcedora.

Beldan se colocó a su lado, empuñando su pistola.

—Te ayudaré, hermana —dijo resueltamente.

—Un momento —exclamó Kipp—. Es preciso obrar con sensatez si queremos evitar desgracias irreparables. Rovinia, tú quieres erigirte en la conductora de tu pueblo, ¿no es así?

La muchacha le miró con fiereza.

—La frase no es exacta, Kipp. Quiero devolverle la vida, pero no ansío el gobierno del Pueblo Muriente de ninguna manera.

Kipp sacudió la cabeza.

—Tal como están las cosas, para conseguir tus deseos, tendrás antes que conseguir el gobierno de tus conciudadanos. ¿Y cómo podrás lograrlo matando a diez, cincuenta, quizá a varios cientos de ellos? Estas pistolas poseen un poder terrorífico. En cinco minutos podrías exterminar totalmente a las gentes de tu pueblo. ¿Te gustaría que un día te lo recordaran? ¿Te gustaría que alguien te echara a la cara más adelante que alcanzaste tus deseos sobre una pila de cadáveres? Te llamarían Rovinia «La Sanguinaria» u otros epítetos peores, te recordarían que gobernabas por el terror... ¿No te gustaría mejor alcanzar tus propósitos por medio del amor y la persuasión?

El clamor se oía más cercano. La luz aumentaba con gran rapidez.

—¿Tienes tú algún plan mejor? —preguntó ella belicosamente. En aquellos momentos imaginó que hasta odiaba a Kipp.

—Soy forastero en tu planeta y, según las leyes del espacio, no puedo entrometerme en los asuntos internos que sólo os afectan a vosotros. Pero puedo ayudarte a conseguir lo que deseas... a menos que insistas en usar tu pistola solar contra las gentes de tu pueblo. Entonces, me veré obligado a retirarme a un lado y dejar que tú y los tuyos peleéis solos.

—Kipp tiene algún plan —intervino Jados—. Déjale que lo lleve a cabo, Rovinia.

—Está bien —dijo ella de mala gana—. Actúa como mejor te parezca.

—Gracias —contestó el joven—. Te aseguro que no tendrás que lamentarlo. Y, ahora, esperemos a que se acerquen tus gentes.

Ya se veía lo suficiente para divisar a lo lejos una espesa línea

negra de figuras que avanzaban con gran rapidez hacia ellos. Kipp sacó la pistola de la funda y examinó atentamente el indicador de carga, comprobando que estaba completo.

—Tu pistola, Rovinia —pidió.

La muchacha se la entregó. Kipp se la metió en el cinturón y avanzó tranquilamente hasta situarse a una veintena de pasos más adelante.

La masa de hombres se acercó velozmente. Kipp esperó a pie firme la acometida de los individuos, tremendamente excitados por las violentas prédicas de Urlo y sus consejeros.

Urlo corría el primero, a la cabeza del pueblo, ansiando vengar el ultraje recibido. Al ver a un individuo plantado en pie, en el centro de la llanura, refrenó un tanto su marcha.

—¡Quietos! —ordenó.

Sacó su honda e introdujo en la misma un guijarro redondo y pulido. Luego hizo voltear el arma sobre su cabeza.

Un relámpago verdoso brilló de repente frente a él. La honda y el guijarro desaparecieron como si jamás hubieran existido.

Urlo se quedó estupefacto. Jamás antes de ahora había presenciado un fenómeno semejante. ¿Qué misteriosa magia era la que empleaba aquel individuo?

La voz de Kipp sonó imperativa sobre la llanura, por encima del enorme silencio que había provocado su descarga solar.

—¡Urlo, acércate y expón tus quejas!

El individuo tragó saliva. No era cobarde, pero tampoco quería correr riesgos innecesarios. Aquel hombre poseía un arma fenomenal, cuyos efectos eran realmente devastadores. Pero él era el jefe del Pueblo Muriente. ¿Qué le sucedería si mostraba cobardía? No acercarse al hombre sería tanto como indicar que tenía miedo. Y entonces, su pueblo le despreciaría y le obligaría a abandonar la jefatura del mismo.

—¡Quiero a la blasfema y a sus familiares! —gritó, aunque sin moverse—. Han pecado contra las leyes y deben recibir su castigo.

—Urlo, acércate de nuevo —dijo Kipp—. Hice desaparecer tu honda. ¿Quieres esfumarte tú también? —y le apuntó rectamente con la pistola, a menos de treinta pasos de distancia.

Los varones del Pueblo Muriente estaban detrás, a diez o doce pasos. Se mostraban espantados y aterrorizados ante el formidable

poder del arma que el joven había manejado y que con un solo chispazo había hecho desaparecer la honda y el guijarro como si jamás hubieran existido.

Urlo tragó saliva. Con paso renuente, caminó hasta situarse a diez o doce metros del joven.

—Ya estoy aquí —exclamó—. ¿Qué quieres de mí, forastero?

Instintivamente comprendía que Kipp no pertenecía al Pueblo Renacido.

—Esto —respondió el joven y empezó a pulsar los disparadores de las dos pistolas.

Urlo cerró los ojos. En su interior temblaba de pánico, mientras sentía que la tierra desaparecía a su alrededor.

Unos momentos después, intuyó que habían cesado los chispazos. Entonces se arriesgó a abrir los ojos.

Un rugido de cólera se escapó de su pecho al ver los efectos de las descargas. Cerca de él sonó una alegre carcajada.

Estaba en la cima de un pequeño pico de apenas dos pasos de circunferencia por seis u ocho metros de altura. Las descargas de las pistolas solares habían excavado el suelo en torno a él, practicando un enorme hoyo, de la citada profundidad por quince o veinte metros de anchura. El pico era prácticamente una columna y descender de él iba a resultarle terriblemente incómodo si no muy arriesgado. Y luego le quedaba el ascenso por las paredes del pozo, tan verticales y arriscadas como la columna. Parecía una estatua sobre un pedestal de varios metros de altura.

Desde el otro lado, Kipp rió alegremente. Las risas de Rovinia sonaron también de modo audible. Beldan se desternillaba de risa. Y los padres se unieron al regocijo general.

De pronto, entre las filas de los hombres del Pueblo Muriente sonó una carcajada. Alguien reía con todas sus fuerzas.

Otro hombre rió y otro y otro, hasta que poco después, el lugar era un alud de bullentes risotadas. Urlo estaba rojo de cólera.

Kipp alzó su brazo derecho, imponiendo el silencio.

—¡Hombres del Pueblo Muriente! —dijo—. No pretendemos haceros daño alguno. Al contrario, sólo deseamos vuestro beneficio. Pero habrán de pasar todavía algunas semanas antes de que podamos volver a ponernos en contacto con vosotros. Retiraos a vuestras viviendas y recordad que no queremos causaros ningún

mal.

Los hombres dieron media vuelta y empezaron a marcharse. Sus carcajadas llenaban el ambiente.

Urlo continuaba en el mismo sitio. Sus ojos destellaban con odio infrahumano.

—Te mataré un día, forastero —dijo, haciendo chirriar las palabras.

Kipp se encogió de hombros.

—Bueno. —Y le volvió la espalda.

Al llegar a la altura de Rovinia, dijo:

—Por ahora, hemos inutilizado a Urlo. Ahora hemos de dejar que pase un poco de tiempo y que la cosa madure por sí sola. Un gobernante puede luchar contra el terror con que oprime a sus gobernados, pero cuando cae en el ridículo más espantoso, como le ha sucedido a Urlo, la gente se le ríe en las barbas y su autoridad cae por los suelos. ¿Me has comprendido, Rovinia?

La muchacha le miró con admiración no disimulada.

—Has logrado tú más, sin una sola muerte, que yo matando a cien, Kipp. Te agradezco lo que has hecho por mi pueblo.

El joven inclinó la cabeza. «No sólo por tu pueblo, sino también por ti», pensó.

CAPÍTULO VIII

Entró Kipp en la sala donde se hallaban reunidos Xiklos, el matrimonio y Beldan, dispuestos a hacer la comida de mediodía.

—¿Dónde está Rovinia? —preguntó—. Tengo que darle una buena noticia.

Dessa sonrió maliciosamente.

—¿Tienes que dársela a ella antes que a nosotros, Kipp?

El joven se puso encarnado.

—Dessa, ya sabes que quiero a tu hija. Y ella también lo sabe, aunque todavía no se lo he dicho. Lo que tengo que manifestarle en esta ocasión, sin embargo, es muy distinto.

—¡Ya lo sé! —saltó Beldan—. ¡Has conseguido...!

—¡Chitón! —dijo Kipp—. Todavía es pronto para divulgarlo. La primera en saberlo debe ser Rovinia. No olvidemos que un día será el jefe del Pueblo Triunfante.

—Está arriba, en una habitación cuya llave guarda ella constantemente —explicó Linda—. Un día quise yo entrar allí y se enojó muchísimo.

—Vaya —exclamó Kipp—. Eso no lo sabía yo. Bien, ¿qué cámara es, sabes?

—La de observación tres —contestó Linda—. Se pasa allí las

horas muertas cuando no tiene otra cosa que hacer.

Kipp frunció el ceño.

—Bien, de todas formas, la noticia que tengo que darle no admite demora. Hasta luego.

El joven conocía la disposición de la nave de Xiklos, de modo que no le fue difícil hallar la cámara de observación tres. Le extrañó un poco que Rovinia hubiese ocupado aquella estancia para unos fines que le resultaban desconocidos, pero se dijo que pronto lo sabría.

Tocó con los nudillos la puerta. Un momento después, la imagen de la muchacha se aparecía ante sus ojos.

—Rovinia, tengo una buena noticia que comunicarte —exclamó Kipp.

—¿De veras? —Ella no se movía del umbral, ocultando con el cuerpo lo que había al otro lado de la puerta. Advirtió el brillo especial que había en los ojos del joven y exclamó—: No, no me lo digas; has conseguido reparar el sistema propulsor de la nave.

—¡Exactamente! —gritó Kipp con triunfal acento—. ¡Ahora ya podemos volar a donde queramos! Es una nave de un tipo algo anticuado, pero funcionará magníficamente. Iremos a Sirio XIV, a Altair II, a Lira VI... a donde queramos, en fin. Y tú vendrás conmigo, Rovinia, porque te quiero locamente y deseo que seas mi esposa. ¿Qué me contestas?

Ella sonrió suavemente, sin protestar cuando por primera vez en su vida sintió que unos brazos de varón ceñían su esbelto talle. No obstante, apoyó sus manos en los hombros del joven, sin permitir el ansiado acercamiento de labios.

—La noticia es magnífica, indudablemente —dijo ella—. De modo que quieres sacarme de aquí, Kipp.

—Sí. Y tus padres y Beldan también vendrán con nosotros, junto con Linda, por supuesto. Abandonaremos este planeta árido y sin vida...

Rovinia le miró enigmáticamente.

—¿Sin vida, Kipp?

—Está demostrado hasta la saciedad, ¿no? —contestó él, muy intrigado ante la que le parecía extraña actitud de la muchacha.

—Yo diría que no, Kipp. —De pronto, Rovinia abrió la puerta de golpe y se echó a un lado—. Pasa, por favor.

El joven obedeció en el acto. Un instante después, se escapaba de sus labios una exclamación de sorpresa.

—¡Dios mío! ¡Rovinia! ¿Qué es esto?

La muchacha sonrió satisfecha.

En el centro de la amplia cámara, por cuyas grandes lucernas entraba el sol a raudales, había una serie de grandes recipientes cuadrados de arcilla seca, llenos de tierra hasta los bordes, y atestados de plantas de varias clases. En medio de la enorme estupefacción que le producía el inesperado hallazgo, Kipp supo identificar una tomatera, dos matas de patatas, una de habichuelas, un rosal y dos clavelinas, entre otras distintas. Era una huerta en pequeño, pero de indudables resultados positivos.

—¿De dónde has sacado todo esto? —exclamó Kipp, asombrado.

—De tu nave.

—¿De mi...? Oh, pero ¿cómo has podido hacerlo?

—¿Has olvidado que eres un comerciante del espacio? Mientras tú te afanabas en reparar la planta propulsora de la nave de Xiklos, yo registré la tuya minuciosamente. Una de las cosas que hice primero fue leer el manifiesto de embarque. Llevas muchas cosas de grandísima utilidad, pero en el manifiesto figura una partida en la que apenas si habrás reparado con anterioridad a este momento. «Semillas de diversas clases, bodega C, estiba IV, seis cajas.» ¿Lo recuerdas ahora?

Kipp chasqueó los dedos.

—¡Es claro! ¡Lo había olvidado! ¿Y tú... durante este tiempo...?

Ella se volvió y tomó un libro de una mesita cercana. Luego lo levantó en alto para que Kipp pudiera leer su título.

MANUAL DE HORTICULTURA

—Estaba en la biblioteca de la que ya considero como mi nave. Probé y... Kipp, la tierra de este planeta es fértil. En menos de cuatro semanas, fíjate los resultados que he conseguido. ¿Te figuras lo que sucedería si consiguiésemos hacer salir el Manantial de la Vida a terreno descubierto?

El joven asintió pensativamente.

—Sí. Claro. Pero yo me había forjado otros planes. Pensaba que podríamos establecernos en Sirio XIV. Es un punto muy concurrido

y donde se pueden hacer grandes negocios… Beldan será un hombre dentro de poco; es muy inteligente y podríamos enviarlo a la Academia de Astronáutica. Él pilotaría nuestra nave y yo dirigiría el negocio…

Se calló de pronto al ver que se ensombrecía el rostro de Rovinia.

—Kipp, antes me has propuesto lo que aquí llamamos la Fértil Unión. Te amo locamente y, salvo una cosa, no hay nada que desee más que convertirme en tu esposa y darte hijos que perpetúen tu apellido. Pero antes debo hacer algo.

—Entiendo —murmuró él sordamente—. Quieres quedarte aquí y ayudar a vivir a tu pueblo.

La mirada de la muchacha se clavó en las plantas.

—Hace algunos cientos de años, este planeta era sumamente fértil. Entonces vino un pueblo desde más allá de las estrellas, que lo destruyó y mató a casi todos sus moradores. Además, por procedimientos que nos son desconocidos, robaron toda el agua de la superficie e incluso hasta el vapor de agua de la atmósfera. Por lo que he podido deducir, emplearon un método nuevo, trasladando instantáneamente el líquido a través de canales subespaciales hasta su planeta, que moría precisamente por falta de ese líquido.

»Algunos supervivientes buscaron agua y la hallaron. Una de esas fuentes es lo que nosotros llamamos el Manantial de la Vida. Luego, sus conocimientos se perdieron, sumidos en la noche de la barbarie. El Manantial, sin embargo, fue construido tan perfectamente, que todavía sigue funcionando a pesar del transcurso de los siglos. Incluso el agua que no es utilizada por el momento se reabsorbe nuevamente en lo profundo de la tierra, a fin de evitar pérdidas estériles por evaporación.

»Pero ese manantial y algunos otros que deben existir en nuestro planeta son inagotables. Además, en el suelo hay oxígeno e hidrógeno en cantidades ilimitadas. Tenemos una máquina de producción de agua en la nave de Xiklos. Con el tiempo podremos construir más y más… Después de lo que te he dicho, ¿crees que podría dejar a mi pueblo abandonado a su suerte?

Kipp bajó la cabeza. Realmente, los alegatos de Rovinia eran incontrovertibles.

—Pero has olvidado una cosa —dijo, de pronto.

—¿Cuál? —inquirió ella.

El joven señaló con la mano el pequeño jardín.

—Tienes plantas que te darán semillas, aparte de las que aún te quedan en las otras cajas de mi carga. Pero, puesto que has leído muchos libros de la biblioteca, sabrás que también existían animales de muchas clases en este planeta. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Rovinia se mordió los labios.

—No lo sé. No había pensado en ello... pero creo que hay tiempo para resolver ese problema. ¿No dices tú mismo que eres comerciante? Tienes una nave en estado de funcionamiento, podrías viajar y traernos animales adecuados a nuestro medio ambiente de vida.

Kipp hizo un involuntario gesto de decepción, que no pasó desapercibido para la muchacha.

—Entiendo —dijo Rovinia amargamente—. Debí recordar que, ante todo y sobre todo, eres un comerciante del espacio. No puedes traerme aquí lo que te pido sin obtener la debida compensación económica.

—¡No es eso, Rovinia! —exclamó él—. El dinero es ahora lo de menos para mí. Además, en Sirio XIV tengo una fortuna más que regular. Podríamos...

Ella movió la cabeza suavemente.

—Me debo a los míos —murmuró.

—Ellos te expulsaron —gritó él, asiéndola por los hombros.

—¿No eras tú el que decía que ibas a ayudarme, Kipp?

—Sí, pero ahora veo que podemos vivir felices en un mundo infinitamente mejor, Rovinia, con todas las comodidades imaginables y...

Se calló de pronto. El rostro de la joven permanecía inmutable.

—No quieres —dijo quedamente.

—Debemos crear nuevamente este mundo, Kipp, hacer que sea lo que fue. Quizá no lo consigamos nosotros, pero lo conseguirán nuestros descendientes. Habrá nuevamente plantas, bosques, florestas, nubes en el cielo, lloverá, nevará... Tengo entendido que hay muchas ciudades en ruinas que ni siquiera conozco; algo se podrá aprovechar de esas ruinas. Oh, Kipp, ¿por qué no te quedas conmigo?

El joven se mordió los labios.

—Me había forjado otros planes muy distintos, querida —contestó.

—¿Eres tú el mismo que me ayudó en mi lucha contra Urlo? ¿O te ha cegado la noticia de poder regresar de nuevo al espacio? Si es así, no te retendré un minuto más de lo estrictamente necesario. Puedes marcharte cuando lo desees; no creo que Xiklos se oponga a dejar que te lleves su nave. Y yo, salvo matarte para impedírtelo, no podría hacer nada en contrario.

Rovinia calló un instante. Luego, viendo que el silencio de Kipp continuaba obstinadamente, dio media vuelta y salió de la cámara.

* * *

La nave de Kipp disponía de varios vehículos auxiliares, dotados de un motor eléctrico, cuya energía era proporcionada por una batería solar. Kipp se sorprendió un tanto cuando, dos días después, vio a Rovinia que se disponía a marchar en uno de los automóviles, cargado de plantas hasta los topes.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A enfrentarme con mi pueblo —dijo ella serenamente.

—Te matarán.

—No —sonrió Rovinia, golpeando la pistola que pendía de su cinturón—. No lo harán.

—¿Cómo piensas convencerles de tus intenciones?

—Quizá lo vea sobre el terreno, no lo sé exactamente. Lo que sí sé es que no puedo demorar mis planes un minuto más. —Dio el contacto y apoyó el pie en el acelerador—. Beldan, tu hermana y mis padres quedan aquí. Ah, Linda parece que no está muy inclinada a abandonar el planeta. Quizá Beldan pueda decir algo al respecto. Aún son jóvenes, pero tu hermana se hará muy pronto una mujer.

—¡Qué! ¿Linda y Beldan...? —se asombró Kipp.

—¿Por qué no se lo preguntas a ellos? —rió Rovinia. Pisó el acelerador y arrancó bruscamente.

* * *

Su entrada en el Pueblo Muriente resultó algo sensacional.

Las gentes corrían despavoridas en todas direcciones, refugiándose en la cueva que más a mano les salía. Los gritos de espanto y terror atronaron el barranco durante largo rato, hasta que, al fin, se convencieron de que aquel extraño monstruo no les iba a devorar.

Lentamente, con el fin de hacerles ver que no quería causarles el menor daño, Robinia condujo el automóvil hasta el anfiteatro donde solían tener las reuniones del Pueblo Muriente. Esperó.

Algunos curiosos se acercaron a prudente distancia. Contemplaban a la joven con una especie de religioso temor, admirando sus ropajes, tan distintos y, aunque sencillos, tan lujosos en comparación con los suyos propios.

—¡Acercaos! —les gritó—. No temáis, no os voy a causar ningún mal. Acercaos y miradme de cerca a mí, a la blasfema. He roto las leyes de la tribu y estoy viva. Venid a mí, os lo ruego.

Poco a poco, el gentío iba engrosando. En medio de un hondo silencio, quebrado apenas por algunos murmullos aislados, la gente del Pueblo Muriente se iba acercando a Rovinia, la cual se había situado en el punto destinado exclusivamente a Urlo y a sus consejeros.

De pronto se produjo un súbito arremolinamiento entre la gente. Un hombre se abría paso a viva fuerza, repartiendo empujones, puntapiés y codazos propinados con imparcial prodigalidad.

—¿Qué haces aquí, blasfema? —aulló Urlo—. Tú no tienes sitio entre las gentes del Pueblo Muriente. ¡Fuera, traidora! ¡Fuera o te apedrearemos hasta la muerte!

Rovinia miró a Urlo con gesto glacial.

—Urlo —dijo, de modo que pudiera ser escuchada por todos los concurrentes—, ¿te gustaría quedarte de nuevo en lo alto de una columna excavada con mi pistola de luz verde? ¿Quieres que el pueblo se ría de ti nuevamente?

Los dientes del jefe chirriaron.

—¡Márchate! —gritó—. ¡Márchate; es la única oportunidad que te concedemos!

Sin pestañear un instante, Rovinia sacó la pistola.

—Si vuelves a levantar la voz o a mover siquiera un dedo, te haré desaparecer como aquel amigo mío hizo desaparecer tu honda y tu proyectil. —Apoyó sus palabras con una descarga que abrió un

hoyo de un metro de profundidad a los pies de Urlo—. La tierra desaparece; ¿cómo no va a desaparecer tu despreciable humanidad?

Los dientes de Urlo castañetearon. Gruesas gotas de sudor corrieron por sus mejillas. Quiso hablar, pero su garganta se negó a emitir el menor sonido.

Rovinia rió cristalinamente.

—Así está mejor, Urlo. No temas, no vengo a desposeerte de tu jefatura. Eso lo hará el Pueblo Muriente si lo estima necesario. Yo vengo a hacer otras cosas más importantes que deponer o nombrar un nuevo jefe de todos nosotros.

Alzó de pronto la voz.

—¡Escuchadme todos! He venido a anunciaros una nueva era, la era del Manantial de la Vida, la era del agua que hasta ahora hemos usado de modo tan precario. —Miró a uno de los que tenía más cerca y le ordenó—: Acércate, tú.

El hombre obedeció.

—¿Cómo te llamas?

—Rixdor.

Era joven, de aspecto agradable y expresión resuelta.

—Pues bien, Rixdor, toma uno de estos objetos y levántalo en alto, para que lo vea todo el mundo.

El joven accedió. Entonces, Rovinia continuó:

—¡Pueblo Muriente, mirad todos! Esto es lo que he obtenido por medio de semillas, tierra y agua: ¡plantas! Recordad las viejas leyendas. Antiguamente, nuestro planeta estaba cubierto de mares y océanos, agua en cantidades ilimitadas, como ninguno de vosotros es capaz de imaginarse. Tres partes de la superficie estaban cubiertas por las aguas. El resto afloraba al exterior y, en su inmensa mayoría, estaba cubierto de plantas de todas las clases. Mirad bien, había plantas, algunas como éstas que sostiene Rixdor sobre su cabeza, y otras muchísimo mayores e igualmente llenas de fragancia.

»Recordad los árboles del bosque. Ahora están muertos. Antiguamente fueron plantas vivas, de perenne verdor, que daban sombra y purificaban la atmósfera. Ese Bosque Muerto es lo único que nos queda de los océanos de verdor que cubrían la capa sólida del planeta.

»Yo os ofrezco la oportunidad de hacer renacer de nuevo la vida

en el planeta, de conseguir que nazcan las plantas otra vez, producir agua en cantidades ilimitadas, hacer que un día, todavía lejano, sí, pero que llegará inexorablemente, caiga el agua del cielo, humedeciendo la tierra y las plantas que yo sembraré en ella. Fijaos en esto: si yo, en poco más de un año he conseguido esto, ¿qué es lo que no conseguiré con vuestra ayuda en unos pocos años?

El silencio de la muchedumbre era absoluto. Dos o tres millares de personas escuchaban a la muchacha con religiosa atención.

—No pido erigirme en vuestro jefe, ni lo deseo. Sólo quiero que obedezcáis mis instrucciones en lo que a repoblar de plantas la tierra se refiere. Por lo demás y salvo la ley que prohíbe traspasar los linderos del Bosque Muerto, estimo que las demás reglas son justas y deben seguir respetándose. Si alguna quedase anticuada con la nueva situación que se va a crear, se derogaría tras detenido estudio, substituyéndose por otra que se acomodase al futuro estado de cosas. No quiero honores ni recompensas; sólo convertir en realidad la vieja leyenda: que el Pueblo Muriente se transforme en el Pueblo Triunfante. Mas para ello necesito vuestra ayuda, vuestra colaboración incondicional. La unión de todas las fuerzas para conseguir este propósito.

»La mayoría de vosotros, los varones, habéis visto cuál es el terrible poder de las armas que poseo. Esas armas pueden ser empleadas con fines pacíficos, y uno de los fines es hacer crecer las plantas que nos darán flores y frutos y fibras para vestir de otra manera más decente y cómoda con que hemos vestido hasta ahora; alimentos distintos a la insípida pasta que comemos y que extraemos de los árboles del Bosque Muerto.

Hizo una pausa, con el fin de que la multitud pusiera todavía más atención en las últimas frases que iba a pronunciar.

—¡Mirad la planta que Rixdor sostiene en alto! Miradla bien. Es pequeña, pero tiene el color verde y, sobre todo, es una cosa viva. Imaginaos ahora los árboles del Bosque Muerto de un color semejante al de esta planta, cubiertas sus ramas de verdor, circulando la vida por el interior de sus troncos. Podéis conseguirlo... y lo conseguiréis, si obedecéis mis órdenes en este sentido. Repito que no quiero interferirme en el gobierno del pueblo. Sólo aconsejaros lo que debéis hacer para que la vieja leyenda empiece a transformarse en realidad. Y ahora que ya lo

sabéis, a vosotros os toca decidir.

Urlo quiso protestar. Rixdor dejó la vasija de barro con las plantas sobre la parte trasera del automóvil y se fue hacia el individuo, cerrando su mano sobre su garganta.

—Si dices una sola palabra en contrario, te estrangularé —masculló. Levantó la voz—: ¡Yo estoy con Rovinia! ¿Quién más quiere seguirme? ¿Quién está dispuesto a ayudarla?

Un unánime clamor acogió las palabras de Rixdor. Rovinia sonrió satisfecha; la hora del triunfo se acercaba.

Lo más difícil, sin embargo, no había pasado todavía. Pero la muchacha confiaba en que pronto, cuando vieran su forma de trabajar, cuando los más reacios terminaran de convencerse de la bondad de sus propósitos, no pusieran ya ningún obstáculo al desarrollo de sus planes.

De pronto, una luz vivísima se alzó en el horizonte.

La luz era de color anaranjado muy intenso y parecía un segundo sol, que ascendía lentamente hacia el cielo.

Un lejano trueno llegó hasta aquel lugar, en tanto que la luz ganaba altura, aumentando en velocidad a cada segundo que transcurría. La gente calló, bruscamente atemorizada.

Y el corazón de Rovinia sangró, porque sabía cuál era el origen de aquella luz: los chorros de propulsión sublumínica de la nave de Xiklos que, pilotada por Kipp, se lanzaba al espacio después de más de un siglo de inactividad.

CAPÍTULO IX

Rovinia levantó la cabeza al oír pasos que se acercaban a la cueva en la cual estaba trabajando, haciendo cálculos para mejor llevar a cabo su labor.

Rixdor, que había resultado ser uno de los hombres de confianza de la muchacha, entró en la cueva. Por la expresión del rostro del joven comprendió las malas noticias que éste le traía.

—Allí sólo hay una nave —dijo el joven escuetamente.

Rovinia cerró los ojos, en tanto que procuraba contener el dolor que le desgarraba el pecho.

—¿Nada más? —preguntó.

—No. Ni rastro de persona alguna.

—Mis padres, Beldan y Xiklos se han ido con los forasteros —murmuró quedamente.

—Había unos paquetes en el suelo, junto a la nave que está erguida. Los traje aquí conmigo, ayudado por los hombres que me acompañaron. ¿Quieres que los entre?

—Sí, claro.

Rixdor salió, volviendo a entrar momentos después con una gran caja entre las manos. Otros jóvenes entraron hasta cinco cajas más del mismo tamaño.

—Había un papel en una de ellas —dijo Rixdor—. Tómalo.

La muchacha cogió el papel con dedos temblorosos. Estaba plegado en cuatro dobleces y lo desdobló, sintiendo una violenta palpitación en su pecho.

El papel no tenía escritas más que dos palabras:

PARA ROVINIA

Una lágrima rodó por sus mejillas. Aquélla había sido toda la despedida de Kipp. Incluso había seducido a sus familiares para que lo acompañasen a Sirio XIV, donde siempre había manifestado tantos deseos de ir.

Rixdor respetó el dolor de la muchacha, aguardando en silencio a que ésta se repusiera. Al cabo de unos momentos, Rovinia levantó la cabeza.

—No debemos dejarnos amilanar por las dificultades. Tenemos mucho que hacer, Rixdor.

—Desde luego.

—Las cajas quedarán aquí. —Y un oscuro instinto la hizo añadir una orden que estimó necesaria—: Que uno de tus hombres permanezca de guardia constantemente junto a ellas.

—Sí, Rovinia.

Unos momentos después, la muchacha, seguida por Rixdor y dos o tres jóvenes más, subía en el automóvil, encaminándose rápidamente hacia el Manantial de la Vida.

Llegaron poco rato después. El vehículo trepó velozmente por la pendiente, deteniéndose ante las puertas que ya carecían de vigilantes y que no necesitaban ser guardadas para evitar que nadie se apoderase de una ración de agua que no le correspondía. Rovinia había dado al traste con más de una vieja tradición: el agua no faltaba ni faltaría. Ahora era preciso lanzarla a que regase el suelo, la tierra, que fertilizase el lugar donde iban a ser sembradas las semillas que tan cuidadosamente había guardado.

Descendió del vehículo. El Pueblo Muriente se afanaba en su labor marcada por la joven, abriendo surcos, retirando piedras, desmenuzando la tierra, excavando pequeños canales por donde correría el agua libremente cuando fluyese fuera de la gran gruta.

Era llegada la hora de dar comienzo a la tarea. Seguida por Rixdor y sus acompañantes, la muchacha penetró en la cueva.

Un gran griterío acogió su presencia. Las mujeres la saludaban jubilosamente; ahora podían disponer de toda el agua que precisaban, sin límite alguno. Varias de ellas estaban bañándose y se escondieron bajo la superficie al ver entrar a varios hombres en el ámbito de la cueva.

—Esperad un momento afuera —dijo Rovinia, sonriendo.

Unos minutos después, todas las mujeres estaban vestidas. La mayoría de ellas desfilaron con sus cántaros hacia el barranco; otras, sobre todo las más jóvenes, se quedaron allí, llenas de curiosidad, con ánimo de presenciar la operación que iba a realizar la muchacha.

En días anteriores, Rovinia había hallado ya el lugar del desagüe y tenía también preparadas unas cuantas rocas de buen tamaño con el fin de obturar el agujero. Rixdor y los suyos sabían lo que tenían que hacer, de modo que, adentrándose en las frías aguas, cada uno de ellos portador de una gran piedra, se encaminaron en busca del desagüe.

Una hora más tarde, el orificio estaba tapado. Los intersticios fueron llenados con piedras más pequeñas, hasta que ni una sola gota del preciado líquido escapó por el orificio de salida.

Mientras se realizaba la operación, Rovinia admiró en secreto la maravillosa labor de los hombres que habían construido aquella maquinaria que seguía funcionando al cabo de varios siglos como el primer día en que echó a andar. El generador de la bomba suministraba también luz a las lámparas que ardían en los huecos, sin que se supiese que ni una de ellas se hubiese apagado jamás.

Rixdor y sus ayudantes, chorreando agua, se reunieron con la muchacha.

—Todavía tardará bastantes horas en rebalsar el agua —dijo el joven.

Rovinia sonrió.

—Ahorraremos tiempo —dijo. Y sacó la pistola solar.

Encaminándose a la orilla del gran lago, empezó a soltar descargas contra el suelo. Poco a poco, fue desintegrando la arena y la roca que había debajo de ésta, hasta construir un canal de un metro de anchura por la profundidad suficiente para que su suelo quedase a un nivel inferior al del fondo del lago.

Rovinia necesitó recargar la pistola varias veces. Una hora

después, sin embargo, el canal estaba terminado. Empezaba al borde del estanque y terminaba al pie de la montaña, al pie de una gran excavación también en forma de estanque y de la cual partían los distintos canalículos que servirían de red transportadora del preciado líquido a los campos que se pretendía fertilizar.

—Bien —exclamó cuando todo estuvo concluido—, y ahora, sólo falta lo más interesante: el golpe final.

Volvió al interior de la cueva. Ya no estaba sola con Rixdor y sus ayudantes; muchas personas se le habían unido, devoradas por la curiosidad de ver salir el agua al exterior.

Se detuvo unos instantes junto al comienzo del canal. Deliberadamente había dejado un trozo de pared rocosa, a modo de dique, el cual contenía las aguas del lago interior, mientras excavaba el canal a golpes de pistola solar. Se preguntó cuánto tiempo les habría llevado aquella labor de no haber podido disponer de una herramienta tan formidable.

Pero no podía perder tiempo en disquisiciones. Apunto a la base del dique y disparó.

El muro rocoso desapareció, en medio de una nube de polvo y vapor de agua. El líquido irrumpió impetuosamente por la abertura, precipitándose con espumantes ondas por la conducción.

Sonó un gran grito, escapado de muchos labios. Algunos se quejaban; los más, eran de alegría. En pocos días, Rovinia había sabido granjearse el afecto y la confianza del pueblo, y eran muy pocos los que no creían en ella ya del todo.

Seguida por sus incondicionales, la muchacha salió al exterior.

El agua corría libremente, derramándose sobre el estanque distribuidor que había al pie de la montaña. Olvidados momentáneamente de sus trabajos, los hombres corrían de todas partes para presenciar el espectáculo.

El estanque tardó mucho en llenarse. Anochecía ya cuando los primeros chorros de agua empezaron a correr por los canalillos distribuidores. Al principio, la tierra, después de una sequía de siglos, absorbía el agua ávidamente; pero el líquido no tardaba mucho en correr rápidamente en busca de terrenos a los cuales fertilizar.

—Dejaremos que corra libremente durante unos cuantos días —decretó Rovinia—. Después cerraremos el paso y empezaremos a

sembrar. Tenemos que instalar también una tapadera automática en el desagüe de la cueva para suprimir o reducir la afluencia de agua cuando no nos convenga utilizarla. Y ahora, vamos a descansar; creo que nos lo hemos ganado.

Montaron en el coche y se dirigieron al barranco, que llegaron con las primeras sombras de la noche. En el momento en que enfilaban la entrada del desfiladero, los ojos de Rovinia captaron la imagen de una gran hoguera en el centro del mismo.

La hoguera ardía muy mal, con grandes dificultades, y apenas si despedía llamas. Pero, en cambio, sí brotaba de ella una enorme cantidad de humo, que despedía un olor *sui géneris*, nada agradable por cierto.

Rovinia sintió una extraña aprensión al ver la hoguera. En torno a ellos había varios individuos, saltando jubilosamente a la vez que de sus gargantas se escapaban gritos de triunfo.

—¡Es Urlo! —gritó Rixdor.

La muchacha pisó el acelerador, lanzándose contra los individuos. Ahora ya sabía qué era lo que estaba ardiendo en la hoguera. El corazón se le inflamó con una cólera ciega e irrefrenable.

—¡Mis semillas! —gimió.

Paró el coche y se tiró al suelo. Quiso acercarse a la hoguera con el fin de salvar lo que pudiera del desastre, pero el humo era tan denso que la rechazó una y otra vez. Tosió hasta creer que iba a quedarse sin pulmones, hasta que los costados le dolieron como si se los hubiesen atravesado a flechazos.

En medio de sus lágrimas de dolor e ira impotente, vio a Rixdor que peleaba con un hombre. Dos más yacían por el suelo, con el cráneo destrozado.

Rixdor atrapó la garganta de Urlo. Sus pulgares hicieron presión bajo la mandíbula.

—¡Maldito traidor! —rezongó el joven, aumentando la presión.

Los ojos de Urlo voltearon espantosamente dentro de sus órbitas. Un ronquido inarticulado se escapó de sus labios.

De pronto se oyó un seco chasquido. La cabeza de Urlo pendió laciamente y sus brazos cayeron a lo largo de los costados.

Rixdor arrojó a un lado el cadáver de Urlo. Jadeando todavía, se acercó a la muchacha.

—Mataron a Beyan e incendiaron las semillas. Pero ya están castigados por su felonía.

Los ojos de la muchacha se arrasaron en lágrimas. Sin poder evitarlo, cayó de rodillas a pocos pasos de la hoguera, que terminaba de devorar los últimos restos de las cajas.

—¿Qué me importa a mí que estén castigados? —gimió agudamente. Se curvó sobre sí misma, golpeando el suelo con los puños—. Hubiese preferido que vivieran, sí, que vivieran mil años, con tal de que me hubiesen dejado intactas las semillas. ¡Mis semillas!

Rixdor y sus ayudantes respetaron el hondo dolor de la muchacha. Aún no conocían el alcance exacto de los desastres ocasionados por la irrazonable actitud de aquellos individuos. Al cabo de un rato, Rixdor se atrevió a tocar el brazo de la muchacha.

—Rovinia.

Ella se irguió a medias, aunque continuaba arrodillada en el suelo.

—Levántate —dijo el joven—. Todo no está perdido. Algún remedio habrá para reparar esta catástrofe.

—No —dijo ella con voz opaca—, no hay ya remedio. Mañana al amanecer iré al Manantial de la Vida y abriré de nuevo el desagüe. Después...

¿Qué iba a hacer ella, sola, sin sus padres, sin Beldan... sin Kipp?

Se puso en pie lentamente.

—Dejadme sola, os lo ruego. Volved a buscarme mañana al alba.

Con paso lento entró en la cueva. Los planos estaban aún sobre la mesa. La sangre del custodio de las semillas se divisaba todavía en el suelo.

Las plantas que ella había cuidado con tanto esmero en la nave estaban completamente destrozadas, rotas, tronchadas, desarraigadas de los receptáculos de tierra. La catástrofe era completa.

Pasó la mano sobre la mesa y arrojó los planos a un lado. ¿Para qué diseños? ¿Para qué trazados de pendientes, de desniveles, de desmontes, de aplanaciones? Todo, todo era inútil.

Tomó asiento en uno de los troncos secos que servían de bancos, escondiendo la cabeza entre las manos; luego apoyó los codos sobre la mesa y lloró la pérdida de sus ilusiones.

Aquella noche no se oyó una sola voz en la aldea.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, Rixdor penetró bruscamente en la cueva.

El cansancio había terminado por hacer mella en la muchacha, la cual dormía sobre un banco de piedra. Rixdor la despertó sin ningún miramiento.

La muchacha se sentó sobre la piedra.

—¿Qué sucede, Rixdor?

—¡El Pueblo Renacido se dispone a atacarnos!

CAPÍTULO X

Los conocimientos que Rovinia había adquirido durante su destierro le habían hecho adivinar los motivos de aquellas periódicas invasiones del Pueblo Renacido.

Al separarse los supervivientes en dos ramas, la que había ido más allá del Bosque Muerto se había establecido en una región fuertemente radioactiva. La radioactividad había ido desapareciendo con el tiempo en su gran mayoría, pero los primeros habitantes de aquella comarca habían sufrido en sus genes las consecuencias de tan funesta influencia, y así, sus descendientes iban degenerando poco a poco.

Ellos lo ignoraban, por supuesto, pero sentían la necesidad biológica de renovar la raza. Por ello invadían las tierras del Pueblo Muriente, con el fin de procurarse mujeres sanas y fuertes, como lo eran todas, sin excepción, las que vivían del lado de acá del Bosque Muerto.

Muerto Urlo, el Pueblo Muriente había elegido a Rovinia como su jefe de modo tácito. Millares de ojos contemplaban a la muchacha ansiosamente, esperando las disposiciones que ella iba a darles y que, con seguridad, salvarían la vida de muchos.

Rovinia miró a lo lejos. Cada vez eran más numerosos los salvajes que salían del Bosque, formando apretadas hileras que

negreaban en la árida llanura. Eran muchos, acaso diez veces superiores en número a los habitantes del Pueblo Muriente. Y aunque la mayoría de los atacantes apenas si tenían ya figura humana, debido a las mutaciones biológicas sufridas durante el transcurso de los años, no podía negarse que eran unos formidables guerreros y que manejaban espléndidamente las prehistóricas armas de que iban provistos.

Rovinia no tardó en tomar una decisión.

—Las mujeres y los niños, a la Montaña, inmediatamente. Que todos ellos entren en la gran cueva y que esperen allí.

La voz corrió de boca en boca y el éxodo empezó casi de inmediato. Los hombres del Pueblo Renacido observaron la maniobra y una buena tropa inició un movimiento de diversión, encaminado a cortar el paso a los fugitivos.

—Rixdor —dijo—, tú te harás cargo de la mitad de los hombres. Con ellos cubrirás la retaguardia de las mujeres y los niños. Yo me encargaré de cerrarles el paso por los flancos.

—Muy bien —contestó Rixdor, llevándose a la mitad de los hombres en el acto, unos quinientos en total, todos ellos armados con hachas de piedra, hondas y arcos y flechas.

La muchacha montó en el automóvil. Rodó lentamente, seguida por los restantes varones de la tribu, que se habían colocado, a indicación suya, en tres espesas hileras que avanzaron paralelamente a la dirección de la marcha de las mujeres y los niños.

Los atacantes estaban aún bastante lejos. Rovinia calculó que tardarían aún casi un cuarto de hora en alcanzarles. Lamentó no disponer de una docena de pistolas solares; al menos, con ellas hubiera podido practicar un foso, si no infranqueable, sí retardatorio de la progresión de los hombres del Pueblo Renacido, cuyo avance era lento pero incesante.

Poco a poco, el Pueblo Muriente fue acercándose a la Montaña. Rovinia confiaba en que todos se guarecerían en la segura protección de la cueva. Quizá pasarían hambre, pero el agua no faltaría. Y los atacantes, cuando ella hubiese reabierto el desagüe, empezarían a notar bien pronto los efectos de la sed. Cada uno de ellos iba provisto de su recipiente individual, pero era preciso tener en cuenta que para llegar allí habían empleado al menos dos

semanas de marcha a pie, bajo un sol abrasador, y que les esperaba otro tanto para el regreso. Ésta era el arma principal con que contaba Rovinia, pero, en cierto modo, era un arma a largo plazo. Y el contacto se entablaría antes de un cuarto de hora.

De pronto, divisó un numeroso golpe de salvajes que corría hacia la montaña, con ánimo de cortar el paso a los fugitivos. Rovinia pisó el acelerador de su automóvil y corrió velozmente por un terreno casi completamente liso, hasta situarse justamente frente a los atacantes.

Detuvo el coche y se puso en pie. Los salvajes estaban ya a menos de cincuenta pasos de distancia. Se les veía claramente asombrados al advertir la presencia de un monstruo mecánico, pero el ansia de llevar a cabo sus planes era más fuerte que el temor y siguieron adelante.

Rovinia sentía una instintiva repugnancia a quitar la vida a un semejante, pero comprendía que en el momento actual no podía andarse con demasiados sentimentalismos. Apuntó a la primera fila y disparó. Estalló un relámpago de intenso color verdoso. Media docena de individuos desapareció, convertidos instantáneamente en humo. Los restantes se detuvieron, momentáneamente aturdidos por un fenómeno que no comprendían.

Rovinia comprendió que había ganado un punto y, más que ello, unos momentos de respiro que podían serle preciosos para la salvación de su pueblo. Movió el pulgar, manteniendo el disparador en disparo continuo. Al mismo tiempo, procuró que los rayos del sol dieran en la pistola, con el fin de recargarla mientras la utilizaba.

Movió la mano en abanico, abriendo una ancha zanja ante los atónitos salvajes, que veían desaparecer la tierra delante de sus pies. Cuando hubo desintegrado el suelo en una longitud de quince o veinte pasos, levantó el dedo del disparador, manteniendo la mano en alto, encarada al sol.

Detrás de ella sonaron gritos y aullidos. Las primeras piedras y las primeras flechas volaban ya por los aires. Rovinia dio marcha atrás, procurando situarse entre los salvajes y los suyos.

Liberó unas cuantas descargas, haciendo desaparecer dos docenas de individuos. El resto se detuvo al ver elevarse aquellas nubes de humo grisáceo que eran todo el residuo de la desintegración de los cuerpos de sus compañeros.

—Daos prisa —urgió la muchacha—. Proteged la retirada.

Sus hombres caminaron hacia atrás en buen orden, sin perder de vista al enemigo. Las primeras filas del Pueblo Renacido iniciaron de nuevo el amenazador avance.

Rovinia envió descarga tras descarga a las densas columnas enemigas, volatilizando centenares de hombres, cuyos cuerpos se convertían en humo instantáneamente. Pero se dio cuenta de que le iba a ser dificilísimo parar aquel avance.

Había algunas razones de peso. De vez en cuando, era preciso recargar la pistola, pese a que procuraba mantener continuamente la mano al sol. Esto suponía una pérdida mínima de treinta segundos, lapso de tiempo que era bien aprovechado por los salvajes para proseguir su inexorable marcha.

Sus hombres se defendían ahincadamente, haciendo volar las piedras por los aires. Ejercitados a lo largo de muchos años, era raro el proyectil que se perdía y cada uno que alcanzaba su blanco era un cráneo enemigo roto.

Pero había otra razón para que prosiguiera el avance de los atacantes: su mismo número. Las filas de atrás empujaban irresistiblemente a las de delante, cuando sus componentes, aterrados al ver los estragos que causaba la pistola de la muchacha, trataban de detenerse. Rovinia había calculado bien; los atacantes eran, al menos, diez veces más y su número no parecía disminuir.

Poco a poco, sin cesar de pelear un solo instante, los hombres del Pueblo Muriente fueron cediendo terreno. Muchos cadáveres jalonaban ya la retirada hacia la Montaña, pero los supervivientes continuaban peleando con tenacidad y coraje singulares.

La pistola de la muchacha actuaba sin descanso. Rovinia se dio cuenta de que los salvajes parecían haberse acostumbrado ya a sus devastadores efectos y que no les importaba en absoluto que murieran nueve décimas partes, con tal de que los restantes consiguieran sus propósitos.

Las primeras mujeres y niños entraban ya en la cueva. Los salvajes se dieron cuenta de que sus propósitos estaban a punto de frustrarse y arreciaron en sus frenéticos asaltos, lanzándose a un ataque que parecía iba a ser el definitivo.

Rovinia colocó su pistola en disparo continuo. Sujetándola con ambas manos, la movió en abanico, haciéndola describir un amplio

semicírculo. Centenares de salvajes fueron volatilizados por aquella simple acción.

Los hombres del Pueblo Renacido se detuvieron un momento. Estaban asombrados y algunos de ellos daban ya claras muestras de terror, y empezaban a volver las espaldas.

Rovinia consiguió recargar una vez más la pistola. La usó de nuevo con catastróficos resultados. Los primeros gritos de espanto empezaron a oírse, sustituyendo a los alaridos de triunfo.

El número de los que retrocedían aumentó. Pero todavía quedaban muchos atrás, ciegos y frenéticos en su ansia de conseguir el botín que habían venido buscando desde lejanas tierras.

De pronto, uno de ellos disparó un proyectil. Rovinia no vio ni oyó la llegada de la piedra, pero sí sintió sus efectos.

Algo estalló con rugiente trueno dentro de su cráneo. Una luz vivísima relumbró un segundo ante sus pupilas.

El ruido y la luz desaparecieron bien pronto, en la consoladora oscuridad de una noche completamente silenciosa.

* * *

Abrió los ojos después de un lapso de tiempo que no supo calcular. Le costó un poco conseguir el foco correcto de sus pupilas.

Cuando lo consiguió, divisó una figura humana frente a sí. Un joven le sonreía.

—Al fin vuelves a la vida, Rovinia —dijo Rixdor.

Ella sonrió débilmente.

—¿Qué me sucedió? ¿Lo sabes tú?

—Una piedra lanzada con honda te rozó la sien. De haberte dado de lleno, ahora no podrías contarlo, Rovinia.

—¿Y… y los hombres del Pueblo Renacido? ¿Qué ha sucedido?

—Yo recogí tu pistola y continué usándola. Se convencieron por fin de que no conseguirían nada y acabaron por retirarse.

Ella asintió. Se sentía débil y desmadejada.

—Escucha —dijo Rixdor de pronto—; tengo algo que enseñarte, Rovinia.

El joven salió de la cueva, volviendo a entrar un momento después con un cacharro de arcilla en las manos. Estaba lleno de tierra y en él había crecido una plantita.

—Encontré una semilla entre los restos de la hoguera y se me ocurrió que quizá podría fructificar. Éste es el resultado de mi experimento, Rovinia.

La planta alcanzaba ya casi cuatro palmos de altura. Crecía fuerte, rozagante.

—¿De qué color era la semilla, Rixdor? —preguntó la muchacha.

—Amarillo, un poco más claro que tus cabellos. ¿Cómo se llama?

Rovinia sonrió débilmente. No, todo no se había perdido. Bastaría un solo grano de maíz para que, en pocos años, verdeasen los campos del Pueblo Muriente.

De pronto, la muchacha advirtió una cosa.

Luchando con su debilidad, se incorporó a medias en el lecho.

—Rixdor —exclamó—, ¿cuánto tiempo he permanecido inconsciente?

—Oh, algo más de un mes. No estuviste del todo inconsciente. Delirabas mucho, desde luego, y nos costó bastante trabajo alimentarte, pero conseguimos salvarte.

—Gracias —suspiró ella. Miró la planta de maíz. Poco era, pero al menos, su vida ya tenía un aliciente.

—Cúrate pronto, Rovinia —suplicó Rixdor—. Te necesitamos.

Ella oprimió la mano del joven con afecto.

—Trataré de conseguirlo, Rixdor.

Después se sumió en un sueño apacible y reparador, que duró hasta el día siguiente.

Por la mañana, Rixdor entró con un gran plato lleno de pasta alimenticia. Rovinia comió con magnífico apetito, notándose mucho mejor al terminar.

Se reclinó en el lecho, pensando, sin saber por qué, en Xiklos. La profecía del ciego se había realizado puntualmente, excepto por un detalle: la nave se había marchado sin ella. El hombre que la amaba la había abandonado.

Una lágrima rodó por sus mejillas, sin que Rovinia pudiera contenerla. Trató de ser fuerte, pero el dolor que le producía la deserción de Kipp era aún más poderoso que su misma fortaleza.

Ensimismada en sus amargos pensamientos no se dio cuenta de un ruido extraño que se había producido en el exterior, ni tampoco del clamoreo de la gente del Pueblo Muriente. Todo ello le pasó

completamente inadvertido, hasta que Rixdor irrumpió de pronto en la cueva, presa de una tremenda excitación.

—¡Rovinia! ¡Vienen! ¡Son ellos!

El corazón de la muchacha palpitó aceleradamente. Sin necesidad de más palabras, comprendió lo que Rixdor quería decirle.

—Ayúdame, Rixdor —exclamó—. Quiero salir a recibirlos.

El joven le ofreció el brazo. Apoyada en él, Rovinia salió fuera de la cueva.

Parpadeó hasta habituarse a la deslumbrante luz del sol. Penosamente, ascendió hasta el borde del barranco, desde donde se divisaba una inmensa extensión de terreno.

Y vio a lo lejos una nave detenida en el suelo y a la gente que corría presurosamente hacia la nave. Y aún vio más cosas.

Venían cinco personas y con ellos unos seres extraños que Rovinia conocía solamente por los grabados de los libros. Reconoció a las personas y entonces comprendió los motivos de Kipp y se sintió avergonzada de haber pensado tan mal del hombre amado.

Beldan y Linda encabezaban la pequeña comitiva y traían unas cuantas palomas en los brazos. El viejo Xiklos, que parecía haber rejuvenecido una docena de años, venía a lomos de una mansa yegua, cuya pareja caminaba a su lado. Jados y Dessa estaban muy ocupados con unas cuantas ovejas y corderos que se les desmandaban continuamente.

Kipp cerraba la procesión. Se había convertido, de comerciante astronauta, en vaquero y, con un largo palo en las manos, guiaba un pequeño rebaño compuesto por tres vacas y un toro.

Más atrás venían algunos hombres del Pueblo Muriente, llevando en grandes jaulas unas aves de corral. Otros traían sobre sus hombros grandes cajas, idénticas a las que Urlo y sus acólitos habían quemado.

Rovinia se soltó del brazo de Rixdor y apoyó ambas manos sobre su seno, como si quisiera contener los tumultuosos latidos de su corazón. Permaneció así, en actitud extática, gozando de aquel maravilloso momento durante unos instantes.

De pronto, abrió los brazos y echó a correr, ciega, tambaleándose a causa de la debilidad de sus piernas.

—¡Kipp, Kipp! —gritó.

Y en torno a ella, el Pueblo Muriente lanzó una aclamación de júbilo. Ya podían cambiar el calificativo, ya podían llamarse el Pueblo Triunfante.

EPÍLOGO

La nube se desplazó con lentitud por el cielo, situándose sobre la mujer que agonizaba.

Los cansados ojos de Rovinia contemplaron la nube con placer no disimulado.

Kipp faltaba ya hacía muchos años, mas pronto se reuniría con él. Su labor había terminado. Estaba fatigada, pero se sentía contenta: había llevado la nave a buen puerto.

Recordó a sus colaboradores: sus propios padres; Rixdor, que llegó a ser elegido jefe del Pueblo Triunfante —ni ella ni Kipp quisieron aceptar nunca el cargo—; Beldan y Linda, que habían tenido una numerosa descendencia; incluso el ciego Xiklos, que en los pocos años que vivió después les había ayudado eficazmente en la medida de sus fuerzas y aptitudes.

El viejo y simpático Xiklos. Sí, su profecía se había cumplido, por fin, totalmente. Un hombre se la había llevado en una nave llameante. Kipp, en el viaje de bodas, durante el cual había recorrido numerosos planetas y ampliado grandemente sus conocimientos. Pero después habían regresado a la Tierra de nuevo, tras varios siglos de oscuridad, habían devuelto al planeta el nombre que siempre había ostentado. Allí tenía una gran labor que realizar. Y la había llevado a cabo.

Desde su primer destierro, habían transcurrido ya cien años largos. Los bosques cubrían buena parte de aquella área y continuamente partían colonizadores del Pueblo Triunfante para fertilizar nuevas tierras y poblarlas de animales y plantas.

Los años transcurridos habían sido fecundos. Había tenido varios hijos y éstos se habían casado, dándole muchos nietos. El apellido Johnson había proliferado en abundancia. ¿Cuántos de sus descendientes trabajaban, estudiaban o correteaban en torno a ella?

No podía saberlo; ahora, para su gastada mente, era una labor demasiado fatigosa. Lo que sí sabía, al fin, era que su labor había sido coronada por el éxito. Podía descansar tranquila.

Agonizaba. Pero no le importaba morir. Ya había hecho en su mundo todo lo que debía hacer.

Sólo ansiaba que se produjese una cosa.

La nube pareció detenerse sobre su cabeza. Era relativamente pequeña, por lo que no ocultaba del todo el azul del ciclo, ya enrojecido en occidente por el ocaso del sol.

Los labios de Rovinia se entreabrieron en una súplica silenciosa. Extendió su mano derecha.

Algo cayó en la palma. Rovinia sonrió, como si estuviera contemplando una visión celestial. Sintió en la mano la leve frescura de la primera gota de lluvia.

Una leve racha de viento hizo ondear sus cabellos de nieve. Debajo de ella se detuvieron unos cuantos muchachos.

—Va a llover —dijo uno de ellos.

—Será algo maravilloso —exclamó aquélla tan parecida a Rovinia cuando tenía quince años—. ¡La primera lluvia!

—Tendremos que marcar el día de hoy con una piedra blanca —dijo otro.

De repente, la chica lanzó una exclamación:

—Mirad, ahí está la vieja Rovinia.

—Es pariente tuya, ¿no?

—Sí. Abuela de mi bisabuela, creo.

—Deberías avisarle. Quizá no se ha dado cuenta de que va a llover. Ella ha esperado siempre este momento; se lo he oído muchas veces a mis padres.

La chica trepó por los peldaños de la escalera, acercándose al sillón donde estaba Rovinia.

—¡Abuela! —llamó, dándole el título honorífico que usaban todos sus parientes en su trato con ella.

Rovinia no contestó. Sonreía silenciosamente.

La muchacha se volvió hacia sus amigos, muy desconcertada.

—¡Duerme! —exclamó.

Cayó la segunda gota de lluvia. El Manantial de la Vida fluía ahora de las alturas.

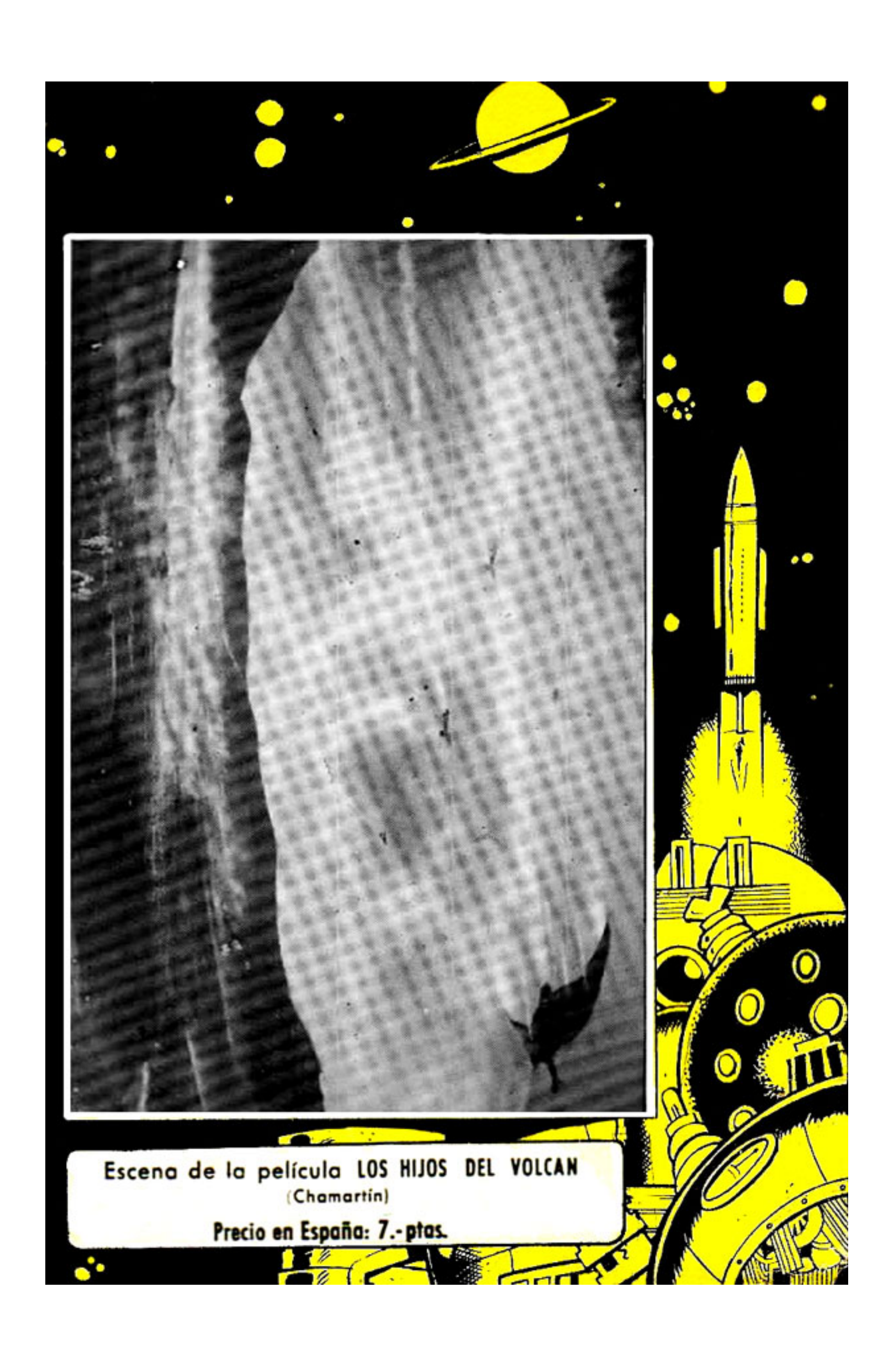
Rovinia dormía satisfecha. Había llegado al término de su viaje.

Y al final del viaje, estaba el Manantial de la Vida. De la vida que ella había devuelto a su pueblo.

La lluvia resbaló silenciosamente por su rostro. Pero Rovinia ya no se enteró de que se mojaba.

Sonó un gran clamor de alegría.





Escena de la película LOS HIJOS DEL VOLCAN

(Chamartín)

Precio en España: 7.- ptas.